
Una Navidad muy (trágica) mágica
Rosario Vila

Derechos de autor © 2025 Rosario Vila

Ilustración y diseño de la portada: Rosario Vila

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Una Navidad
muy ((trágica)) **mágica**

ROSARIO VILA

PRÓLOGO

Nunca olvidaré esa Navidad. Y, aunque tuvo mucho que ver, no es por la pata de cordero churruscada con la que mi madre, sudorosa y enloquecida, abatió a una persona. Ni tampoco porque acabase afónica por cortesía de mi tía abuela, Matilda, que está sorda como un calamar. Fue ella quien dio paso al desastre, eso es verdad, pero el resultado no habría sido muy distinto si cualquier otro miembro de mi familia hubiese abierto la puerta. Por ejemplo, mi tío Enrique que llegó montado en un patinete eléctrico de dudosa procedencia, luciendo un gorro de Papá Noel y una cogorza impresionante. O mi prima, Dalia, que es comercial de telefonía y aprovecha la conversación más insospechada para ofrecerte una portabilidad. Y, no, tampoco me refiero a que mi familia fuese retenida y obligada a soportarse, que también. Siempre recordaré esa Navidad por un motivo mucho más especial… Aquella Nochebuena conocí a mi ángel de la guarda, el agente de policía Abraham.

CAPÍTULO 1

Me pareció reconocerle, pero la escena era tan disparatada que supuse que no podía ser él. Un hombre de mediana edad, montado en un patinete eléctrico que hacía eses por la acera a toda velocidad, estaba siendo perseguido a pie por otro que cargaba una mochila de Glovo en la espalda. Los dos llevaban gorro, el del patinete eléctrico era de Papá Noel y el del repartidor de punto con orejeras. Debía llevar las orejas bien calentitas, la lana parecía de buena calidad. Sentí bastante envidia, la calefacción de la taquilla del museo en el que trabajaba estaba estropeada y, en vez de dedos en los pies, tenía diez cubitos de hielo.

—¡Vuelve aquí! ¡Estoy misio, tengo que volver a la chamba!

—¡Lo siento, Luis Alberto, debo completar mi misión! —exclamó quien me pareció que era mi tío Enrique.

Incluso sonaba como él, creí reconocer su voz. Pero ¿por qué iba a ir montado en un patinete eléctrico con un gorro de Papá Noel el marido de mi tía Camelia? No tenía sentido, tenían dos coches.

Doblé la esquina y perdí de vista a la peculiar pareja. Estaba deseando llegar a casa de mis padres y ponerme unas zapatillas. Era Nochebuena y, como cada año, toda mi familia materna cenaba allí, vestida para la ocasión. Pero yo estaba congelada, lo que más deseaba en el mundo era ponerme un pijama y una bata. Y, sí, tenía claro que iba a hacerlo, aunque en la mesa desentonara. Sabía que mi prima Dalia iba a presentarse con vestido de tubo y zapatos de tacón de aguja, se los ponía hasta para ir a comprar el pan. De hecho, ahí fue donde conoció a Pepinillo —su novio italiano—, haciendo cola para llevarse una chapata. En realidad se llamaba

Peppino, pero, sinceramente, no es que su nombre auténtico sonara mejor.

Me crucé con unos chicos que venían de tardeo y con una pareja con niños que, a juzgar por su ropa elegante, iban de invitados a cenar. Aparte de ellos, la calle de mis padres ya estaba desierta. En silencio. Todo el mundo se había recogido, estaban ocupados con los preparativos de la cena de Nochebuena. Paré para contemplar el alumbrado navideño y me dio por pensar en lo horrible que debía ser la soledad no deseada aquella noche. Las calles estaban vestidas de fiesta, pero los comercios estaban cerrados y se podía oír caer un alfiler. Intenté imaginar cómo sería pasar toda la noche así, completamente sola, sin ningún sitio al que ir a cenar ni tampoco con quién. Y casi me pongo a llorar de ilusión, tenía media tarta de chocolate en la nevera y una serie de médicos poco propensos a la continencia sexual en mi lista de favoritos que estaba loca por ver.

Sin embargo, no podía irme a casa, era Nochebuena y mi madre iba a matarme si faltaba a la cena. Estaba asando unas patas de cordero y había comprado tres kilos de gambas, llevaba días quejándose del dineral que se había gastado en la pescadería.

Llamé al timbre del portero automático varias veces, pero nadie me abría. Por fin, alguien se dignó a descolgar el telefonillo. Nada menos que mi tía abuela, Matilda, que sufría pérdida gradual de audición.

—¿Tía? ¡¡¡Tía!!! ¡Soy yo, Lila! ¡Ábreme, se me ha olvidado coger las llaves!

—¿Diga? ¡Diga! ¡No te hagas la sorda, pelandrusca del demonio, sé que estás ahí! Y no vas a poder robarme los datos del banco, ¡¿entendido?! ¡He hecho un cursillo de seguridad digital! —Tapó el micrófono del telefonillo, aunque no lo suficiente, y le oí decir—: No contestan, es una estafa. Spam, de ese.

Colgó el telefonillo y me quedé absorta, con la mirada perdida, intentando averiguar el proceso mental que le había llevado a relacionar el timbre del portero automático con una llamada spam. Temí que estuviera empezando a perder sus admirables facultades

mentales, Matilda era la hermana melliza de mi abuela materna y ya tenía una edad.

Estaba sacando el teléfono del bolso para llamar a mi madre y pedirle que me abriera cuando Matilda volvió a descolgar el telefonillo.

—Te lo has creído, ¿eh? ¡A que sí! —Se echó a reír—. Sabía que eras tú. Te había visto por el balcón, so tontaina.

En ese momento, un patinete eléctrico frenó junto a mí y cayó al suelo de lado con su conductor. Era mi tío Enrique. Llevaba puesto un gorro de Papá Noel y una boa de espumillón dorada alrededor del cuello.

—Pues, sí, eras tú.

—Me cago en todo…

Me crucé de brazos y le pregunté:

—¿Por qué vas montado en un patinete? ¿Tienes el coche en el taller?

—¿Eh…? —Fue entonces cuando reparó en mí—. Que conste que no estoy borracho. —Se levantó del suelo con inestabilidad—. Hace frío, hay escarcha en la acera.

—Claro, acabo de ver a una pareja de pingüinos patinando justo ahí, en el mismo sitio donde te has caído tú.

Dio un respingo hacia atrás y, al fruncir el ceño, bizqueó.

—¿Cuántos dedos ves aquí? —le pregunté.

Mi tío echó la cabeza hacia adelante y entrecerró los ojos.

—¿Tres? Aunque podrían ser dos, hay poca luz.

—Ñeeec. Error. ¿Y ahora?

Frunció el ceño y la nariz, tanto que dejó todos los dientes superiores a la vista.

—¿Cuatro? No sabría decirte, no llevo las gafas.

—¿Qué gafas?, ¿las de esquiar? Tienes la vista de un águila imperial, te he visto leer los componentes de un bote de pegamento.

—Bueno… Tampoco exageres, ya estoy en la edad de la presbicia.

De repente, se dio cuenta de que lo que había estado enseñándole todo el tiempo no eran mis dedos, eran unos

bastoncillos de chocolate que llevaba en el bolso para casos de urgencia vital. Y únicamente lo supo porque mordisqueé uno.

—¡Has hecho trampa!

—Uy, estás borracho.

—¡Que no! ¡Eso es mentira! ¡Una filfa! ¡Una felación!

—Una falacia, querrás decir.

—¡¿Subes ya o qué?! —gritó Matilda por el telefonillo—. ¿Qué estás haciendo ahí?, ¿metiendo publicidad engañosa en los buzones? A mi amiga Leonor la engañaron así, se la llevaron de excursión a Segovia y volvió a casa con una freidora de aire, quince kilos de muslos de pollo congelados y un colchón. No sé para qué quiere tanto pollo, se le va a poner mohoso en el congelador. La freidora de aire todavía la está pagando.

Mi tío, que seguía preguntándose cómo podía haber confundido «falacia» con «felación», dio un respingo.

—¿Cómo pudo volver esa señora con un colchón desde Segovia? —me preguntó.

Acerqué mi cara a la suya y susurré:

—Vienes del bar… Verás cuando se lo cuente a mi tía.

—Y a mi compañero de la partida de mus, también. Alguien se hizo pasar por su nieta en WhatsApp y le estafaron mil euros —continuó Matilda por el telefonillo del portero automático—. Le dijo que había perdido un vuelo y que se había quedado atrapada en el aeropuerto de Ciudad Real. Desde luego… ¿Cómo iba a quedarse atrapada ahí? En ese aeropuerto no aterrizan ni las moscas, se las comen las ranas del Pantano de Vicario antes de llegar.

—No se lo digas a tu tía, por favor. Solo han sido dos cervezas con los compañeros del trabajo, es Navidad —me suplicó mi tío.

—¿Dos? Yo diría que han sido siete, tirando por lo bajo.

—Eso les pasa por no actualizarse —siguió Matilda—. No se puede vivir dando la espalda a la tecnología, es un peligro. ¿Cómo van a saber esos viejos si el botón de la teleasistencia les funciona bien?

—Además, no hace falta que yo se lo diga, se te ve a leguas que llevas una castaña como un piano. Te has puesto bizco y hueles como si hubieras caído de cabeza a una barrica de vino.

Me lo estaba pasando genial atemorizando a mi tío. No pensaba chivarme a mi tía de que estaba borracho. Aunque fuera innecesario que alguien se lo dijera, saltaba a la vista: su pelo rizado estaba alborotado y tenía la bragueta abierta. Pero teníamos ese tipo de relación, nos divertía hacernos pequeñas faenas.

—Mira, llama a otro piso para que te abran, yo no puedo estar tanto rato de pie.

CAPÍTULO 2

—No tienes que mover un dedo, yo me ocupo de todo. Te doy de baja de tu compañía, tramito el alta en la nuestra y conservas tu número. Así de fácil. Lo único que notarás es que ahorras en tu factura y que tienes tres líneas de teléfono y cuatro salvamanteles que antes no tenías. Sé que vives sola, pero nunca se sabe cuánta gente puede presentarse a cenar.

—Sí que lo sé, Dalia, mi casa no es un comedor social. Además, ¿para qué quiero una línea fija y dos de móvil? Solo tengo un par de orejas.

—¿Cómo que para qué? Yo tengo cuatro líneas móviles: una para el trabajo, una para los amigos, una para la familia y otra exclusivamente para Peppino. ¿Verdad, cariño? —Mi prima asomó la cabeza por la puerta de la cocina para que Pepinillo pudiera verla mejor desde el salón.

Pepinillo la miró con una sonrisa y asintió. Pero estaba segura de que no sabía qué le había preguntado, volvió a bajar la vista a su móvil de inmediato.

—Van de maravilla, Lila, cuando no me apetece hablar con un grupo concreto, apago ese teléfono y gano mucha paz mental.

—Y ganarías mucha más si solo tuvieras un teléfono. ¿Lo habías pensado?

Dalia sacudió la cabeza y su brillante melena oscura pareció cobrar vida. Se agitó con ella y volvió sola a su lugar, todo el pelo le quedó exactamente en el mismo sitio que antes de sacudir la cabeza. Tal como esperaba, iba vestida con un elegante vestido de tubo color beige que llevaba un cinturón negro y unos zapatos de tacón de aguja a juego con el cinturón. Siempre iba uniformada por

si tenía que hacer un nuevo contrato, nunca sabía dónde podía toparse con un cliente potencial.

—Lila, creo que no has estado atenta a nada de lo que he dicho. Acabo de señalarte todas las ventajas de tener varias líneas. ¿Cómo voy a deshacerme de tres?

—Pues es muy sencillo: las das de baja, te das de alta en un curso de taichí y devuelves los salvamanteles por correo. Así de fácil. Lo único que notarás es que tu bolso pesa menos y que ya no estás más estresada que Pinocho celebrando la verbena de San Juan.

—Eh… ¿Qué ha sido eso? ¿Estás siendo irónica o intentas poner en práctica una táctica de psicología inversa conmigo?

—¿Yo? En absoluto, solo quiero señalarte las ventajas de tener una sola línea. —Levanté las cejas, apreté los labios y miré mis zapatillas de cuadros.

Tenía el culo apoyado en el horno, estaba calentándome con las patas de cordero que estaban terminándose de asar. Podría haber escapado de mi prima hacía rato con la excusa de que necesitaba hacer pis o algo así. Pero estaba tan calentita allí, con la enorme bata y las zapatillas del 42 de mi padre, que preferí hacer ese sacrificio.

Dalia continuó intentando convencerme de que me pasara a su compañía telefónica con algún argumento más que ya no escuché. Desconecté, sin más, sin sentir una pizca de remordimiento. En su lugar, observé a Pepinillo en la distancia y comencé a hacerme preguntas para entretenerme, a divagar sobre él. ¿Qué hacía un chico tan callado y tranquilo con una chica tan activa y habladora como mi prima? ¿Cómo podían congeniar? A Pepinillo nada parecía estresarle, se sentaba en el sofá y lo único que hacía era asentir y sonreír. Me pregunté si realmente era un pepino. ¿Un pepino de mar, quizás?

—En nuestra compañía esas cosas no pasan, Lila. Jamás vamos a dejarte sin conexión más de una hora, puedes estar segura.

Mi padre pasó por delante de Pepinillo y, como era habitual en él, levantó la vista del móvil un segundo y sonrió.

Tenía un aire angelical, Pepinillo era rubio y tenía una cara dulce. Me caía bien. Sí, era poco hablador, no obstante, se lavaba las

manos cada vez que iba al baño y nunca cogía la última croqueta del plato, la dejaba para ti. No era un pepinillo en vinagre, de eso estaba segura, el chico era muy agradable.

—Lo notarás a final de año. Parece una tontería, Lila, pero se pueden comprar unas cuantas docenas de huevos con cuarenta euros.

Estaba la mar de calentita, pero me dolían las lumbares de estar de pie y me había cansado de asentir a todo lo que Dalia decía, era el momento de despegarme del horno.

—Ahora vengo, me ha parecido oír sonar mi teléfono —mentí.

—Vale, te espero aquí.

—No hace falta que te quedes aquí de pie, Dalia, siéntate en el salón.

Mi prima me miró de medio lado. Debía estar acostumbradísima a que un posible nuevo cliente —en mi caso, imposible— intentara darle esquinazo.

—Está bien… Ya retomaremos esta conversación durante la cena.

Sonreí y asentí con la cabeza, como habría hecho Pepinillo. Automáticamente, hice un cálculo mental para averiguar qué asiento quedaba más lejos del de Dalia en la mesa.

Adentrándome en el pasillo, me crucé con mi tío Enrique, salía del lavabo. Había conseguido entrar en casa sin ser visto por mi tía, se limitaba a mantenerse fuera de su radar y a hablarle a gritos desde cualquier otra estancia.

—¡Tía! ¿Es que no piensas saludar a tu marido?

—Ojalá te dé una cagalera. ¡Bruja! —me deseó, y corrió para esconderse.

No entendía por qué se molestaba en hacerlo, iba a tener que sentarse a cenar junto a ella. Supuse que pensaba que su tasa de alcohol bajaría un poco mientras tanto.

—Enrique. ¡Enrique! —lo llamó mi tía. Se asomó al pasillo desde el dormitorio de mis padres—. ¡Qué estás haciendo! ¡¿No vendrás borracho?!

Entré en el dormitorio y me senté en la cama. Mi madre estaba revolviendo el armario, enseñándole a mi tía sus últimas

adquisiciones de Temu.

—Y estas perchas triples. No sabes lo estupendas que son, la cantidad de pantalones que se pueden colgar es infinita.

—Uy, sí… Qué ahorro tan increíble de espacio —dijo mi tía, maravillada—. Qué bien huele el ambientador del armario, Magnolia. ¿Es Violeta?

—Es Gardenia. Deberías saberlo, Camelia, era el nombre de mamá.

Presentarle mi familia a alguien era un lío considerable. No para mí, pero sí para la persona que intentaba unir tantos nombres de flores con sus respectivas caras. El único miembro femenino de mi familia materna que no tenía nombre de flor era mi tía abuela, Matilda, aunque —¡tachán!— su nombre completo era Matilda Hortensia. Aprenderse el temario para aprobar unas oposiciones era mucho menos complicado que identificar a los miembros de mi familia.

—¿Cuándo piensas vestirte? —me preguntó mi madre.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso voy desnuda?

—Vas en pijama y en bata.

—No es un pijama, es un chándal de *Lilo y Stitch*. ¿Qué pasa, mamá? ¿No te gusta? Pues no lo entiendo, me lo compraste tú.

A mí tampoco me gustaba, era de un blanco cegador, por eso me lo había dejado en su casa.

—Pero no era para que te lo pusieras en Nochebuena. ¿Qué somos?, ¿¿pobres?? —me soltó—. Madre mía, no sabes cómo han subido las gambas —le dijo a mi tía—. La pescadería está imposible de pisar, he estado a punto de pegarles unos bigotes y una cola a los mejillones en escabeche.

—Buf… Eso es porque no has entrado en la carnicería, Magnolia. El solomillo que te vas a comer en Nochevieja me ha costado un dineral, casi tengo que hipotecar el piso para pagarlo —dijo mi tía.

Siempre estaban igual. De manera sibilina, se informaban de cuánto se había gastado cada una en las comidas de Navidad, como si ambas no fueran al mercado a diario y no conocieran los precios.

Les gustaba hacerse las mártires y, sobre todo, les encantaba discutir.

—Hablando de la carnicería, se me van a quemar las patas de cordero. Y no sabes lo caras que están —dijo mi madre.

Lanzó una percha cargada de ropa a la cama y salió disparada, fui abofeteada por la manga de un chaquetón de invierno.

—¿Has visto a tu tío? —me preguntó mi tía.

—¿Qué tío? ¿Te refieres a tu amado esposo?

Mi tía se encogió de hombros.

—Bueno, tampoco exageres. ¿Qué le pasa? ¿Por qué no me ha saludado? ¿Es que viene borracho?

—¿Eh? —Me miré las uñas—. Pues… No lo sé, no me he fijado tanto en él. Lo tengo muy visto, no me ha parecido necesario.

Mi tía me miró con desconfianza.

—Pero ¿te ha hablado? ¿Habéis intercambiado alguna palabra?

—Claro, me ha saludado y hemos estado charlando un momento. Lo normal.

—¿Y olía raro?

—¿Raro? ¿Como a qué?

—¿A qué va a ser?

Apreté los labios y negué con la cabeza.

—No me estás ayudando nada, tía. En los concursos de televisión al menos te dan una pista. ¿Puedo escoger entre varias opciones?

Mi tía se cruzó de brazos.

—Sí, las estoy pensando… ¿Quieres ceremonia religiosa o civil en tu funeral?

Apoyé las manos en el colchón y fui echando el culo hacia atrás.

—Para, me estás asustando, he visto documentales de asesinos que tenían una cara más agradable que la tuya. ¡Quieta ahí, no te acerques más!

—Qué está pasando aquí —dijo mi padre con seriedad, con toda la autoridad que su ancho bigote y su abultada barriga le conferían.

—¡No te vayas, papá, mi tía quiere asesinarme! —Me levanté de la cama y me tiré a sus brazos.

—¿Es eso verdad? —le preguntó.

Mi tía puso los brazos en jarras.

—En efecto. ¡Sí!

—¡Y, por qué! ¡Dime, mujer! ¿Acaso tu hija no lo merece más? ¡Es insoportable, solo lleva aquí una hora y ya ha intentado venderme una tablet, dos teléfonos móviles y una línea adicional con una cubertería de regalo!

—Será descastada… A mí nunca me ha ofrecido la cubertería —dijo mi tía.

—Sal de mi dormitorio antes de que pierda los estribos —le ordenó. Me soltó y me dio un empujón—. Tengo un arma, y pienso utilizarla. —Metió la mano en el bolsillo del pantalón y amenazó a mi tía con un abridor.

Mi tía puso los ojos en blanco.

—Otro igual… De dónde vendrás con eso —dijo.

—Todavía están un poco crudas —irrumpió mi madre—. Supongo que no he calculado bien la hora de meterlas. —Miró a mi padre y le preguntó—: ¿Qué estás haciendo?

—¿Es que no lo ves? No me desconcentres, por favor, voy a matar a tu hermana.

—¿Por qué? No te molestes. Morirá pronto, no para de fumar.

Mi tía abrió la boca de par en par y, con un rápido movimiento de su mano, echó su media melena rubia hacia atrás.

—Qué poca vergüenza. ¡Pero si tú fumas más que yo!

—No con tantas ganas como tú, Camelia, eso es así.

—¿Qué? Tú apagas uno y enciendes otro. ¡Te gastas una fortuna en el estanco! Y luego te quejas de lo caras que están las gambas, no hay quien te entienda.

Mi madre se puso una mano en la cadera y, de la misma manera que lo había hecho su hermana, se echó su media melena castaña hacia atrás.

—¿Cuántos kilos de solomillo podrías comprar con lo que te gastas en vapeadores, eh? Porque esa es otra, fumas a dos manos —le soltó.

—Mentira. ¡Eso es mentira! Los compro porque estoy dejando de fumar.

Mi padre, que había estado divirtiéndose con la farsa del asesinato, resopló.

—Esta película me aburre, ya la he visto muchas veces —dijo.

—Sí, y en cinco minutos ya no recuerdan que han discutido, no tiene emoción.

Salimos del dormitorio y las dejamos discutiendo, sin tener ni idea de que la película que iba a montarse después iba a gustarnos menos todavía. Demasiada emoción para mi gusto, todo en su justa medida. Aun así, le doy cinco estrellas porque me encantó el final.

CAPÍTULO 3

Entré en mi antigua habitación con la esperanza de encontrar algún calzado cómodo de mi número que me calentara los pies. Mi madre tenía el pie más pequeño que yo, no era una opción, y ya había estado a punto de caerme un par de veces por culpa de las zapatillas de mi padre: una saliendo de su dormitorio y otra frente al sofá. Tuve que agarrarme a Pepinillo para evitar descalabrarme. Me iban enormes y, al dar el paso, se les doblaba la punta y me hacían tropezar.

Me senté en la cama y revolví el zapatero. Pero me llevó poco tiempo hacerlo, lo único que tenía allí eran unos botines de tacón que ya no me gustaban y unas chanclas de playa, me había llevado todo lo demás a mi casa. Iba a tener que conformarme con mis zapatillas a cuadros del 42 que, pensándolo bien, eran la excusa perfecta para no tener que levantarme de la mesa.

Mientras ordenaba el zapatero, llamaron a la puerta de casa. Matilda, que debía salir del cuarto de baño, milagrosamente, lo oyó.

—Qué niño tan gracioso. ¿De qué vas disfrazado? —la oí decir —. No, estoy soltera y entera —bromeó—. Espera aquí un momento, voy a ver si hay peladillas.

La conversación me pareció extraña. Y también que un niño estuviera en la calle el día de Nochebuena a esas horas. Eran las nueve de la noche, todo el mundo estaba cenando a excepción de nosotros que seguíamos esperando que las patas de cordero se acabaran de asar.

Me levanté de la cama y entreabrí la puerta de la habitación, la había cerrado para que a Dalia no le diera por entrar y acorralarme en un espacio tan pequeño. Nunca se rendía, podía volver a la carga

en cualquier momento. Asomé la cabeza al pasillo y la escena que vi me desconcertó… Papá Noel y un elfo acababan de pasar de largo mi habitación, caminando detrás de Matilda. Solo les vi de espaldas, pero me pareció que Papá Noel agarraba a Matilda del brazo.

Confundida, volví a meter la cabeza en la habitación y, un segundo después, oí gritar:

—¡Que nadie se mueva, esto es un secuestro! ¡Haced todo lo que os ordene y no os pasará nada!

La gamba que acababa de comerme a escondidas viajó por mis intestinos hasta la línea de meta como si fuera montada en la montaña rusa. Estuve a punto de hacérmelo encima, y no fue precisamente debido al maleficio que me había lanzado mi tío.

—¡¿Estáis todos aquí?! ¡¿Hay alguien más?! —volvieron a gritar.

Cerré la puerta de inmediato y di unos saltitos, aterrada, pensando qué hacer. Me metí debajo la cama. Me deslicé bajo el somier con extrema velocidad, como una hoja seca empujada por el viento. Esperaba que nadie de mi familia me hubiera delatado, me daba miedo que esos extraños entraran a buscarme.

Poco después, alguien abrió la puerta y encendió la luz. Por el hueco que quedaba entre el nórdico y el suelo, vi unos pies enfundados en pantuflas. Eran de color verde y acabadas en punta, estaban adornadas con cascabeles.

Dio unos lentos pasos hasta la cama y paró justo ahí, muy cerca de mí. Los cascabeles de sus pantuflas tintinearon. Cerré los ojos con fuerza y me puse a rezar, me encomendé a San Petronio y a Santa Pelagia. Estaba segura de que el intruso iba a agacharse para mirar debajo y que me iba a descubrir, pero, de repente, gritó:

—¡No hay nadie más, el borracho no miente!

No era un niño. Era bajito, sus piernas estaban esqueléticas y eran demasiado cortas, pero su voz era la de un hombre adulto a pesar de ser aguda y nasal, sonaba como si soplara un matasuegras con la nariz. Respecto al borracho, sí, debía ser mi tío.

Cuando cerró la puerta y se alejó, me puse a llorar de alivio. Sin embargo, no tardé en volver a entrar en pánico. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a ser de mí? Iba a morir de hipotermia bajo la cama, el suelo estaba helado. Eso en el mejor de los casos, cabía la

posibilidad de que aspirara una pelusa que me taponara un pulmón. Era evidente que mi madre no había limpiado mi antigua habitación desde hacía días, se me había metido una en la boca que ya estaba en edad de emanciparse.

Me dio mucho asco, la escupí y me limpié la boca con la manga de la bata.

Continué llorando en silencio, sin hacer ningún ruido. Y no solo por mí, no sabía cómo de violentos podían ser los intrusos que tenían retenida a mi familia.

CAPÍTULO 4

Vi una luz reflejada en la puerta de la habitación. Me pareció que habían transcurrido días desde que el intruso había entrado a mirar, pero supongo que debieron ser solo unos cinco minutos. Sabía que el reflejo provenía del patio de luces, pero no lo proyectaba una lámpara del piso de los vecinos, era un haz de luz que se movía, como el de una linterna. Estaba tan aterrada que no había sido capaz de salir de debajo de la cama para intentar pedir ayuda. Lo había considerado, pero me daba pavor moverme y hacer ruido, estaba paralizada.

A pesar de ello, intuí que esa linterna estaba buscándome a mí. A mí o a quien fuera que pudiera estar en casa de mis padres en ese momento. Si no salía de mi escondite, no podrían ayudarme, tenía que intentarlo.

Con sumo cuidado para que no me oyeran los intrusos, me deslicé por el suelo y me puse de pie. Descorrí la cortina y miré a través de la ventana. El haz de luz que acababa de ver proyectado en la puerta me cegó, me puse la mano delante de los ojos y eché la cabeza hacia atrás. La persona que estaba iluminándome con la linterna la apagó, pero me había visto, hizo un gesto con la mano para que abriera la ventana muy despacio.

Era un policía. Tenía unas facciones agradables, pero su porte era seguro y tenía una expresión de templanza que me tranquilizó. Sabía lo que hacía, al contrario que yo.

—Ayúdame —susurré, llorosa.

—Están ahí dentro, ¿verdad? —susurró él.

Asentí con la cabeza de manera efusiva.

El policía giró la cara a un lado y habló por el walkie-talkie que llevaba en el hombro. No oí qué decía ni qué le contestaban, pero eso me calmó un poco más, supe que había un equipo de profesionales dispuestos a ayudarme ahí fuera.

Volvió a mirarme desde la ventana de enfrente y dijo:

—Tranquila, no va a pasarte nada. Ya estamos aquí.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Podrías jurármelo?

—Te lo juro.

—¿Así, a secas? Júramelo por tu madre.

—De acuerdo, sí.

—Tienes que decir «te lo juro por mi madre».

El policía asintió con la cabeza.

—¿Estás escondiéndote o te han encerrado ellos en esa habitación?

—No… No saben que existo. Han registrado la habitación, pero ha debido hacerlo el menos espabilado de los dos. Ojalá el otro sea igual de estúpido.

Me dio la sensación de que se había hecho el sueco, pensé que había cambiado de tema porque no quería jurármelo por su madre. No estaba seguro de que iba a sobrevivir. Es más, no le extrañaba nada que fuera a palmarla.

—Van a matarme, ¿verdad? —me angustié de nuevo—. Me cortarán en cachitos y me tirarán a un basurero para que me coman las aves carroñeras. Nunca me encontrarán, es la mejor forma de hacer desaparecer un cadáver.

—No te creas, es el primer sitio en el que buscamos.

—¡¿De verdad?! —me sorprendí.

—Tranquila, todo irá bien —volvió a intentar calmarme—. Tú solo evita hacer ruido y, sobre todo, no te hagas la valiente. ¿Entendido? Déjalo todo en nuestras manos —dijo con aplomo.

Casi me da la risa, pero una risa histérica. Lo mismo se pensaba que iba a jugarme la única vida que tenía. No era tan maravillosa, pero le tenía cariño.

—No voy a hacerme la valiente. Estoy muerta de miedo, sería incapaz. De hecho, sospecho que tengo un frenazo en las bragas.

Me miró, desconcertado, y sacudió la cabeza.

—Mientras traen el equipo, me gustaría que me dieras un poco de información, ¿de acuerdo?

Asentí y le escuché con atención.

—¿Podrías decirme quién más está contigo en casa?

—¿Sus nombres?

—Sí, también, no estaría de más.

Me froté la frente, estaba tan nerviosa que no sabía por quién empezar.

—Mi madre, supongo… Magnolia Rodríguez.

Asintió y anotó el nombre en una pequeña libreta.

—Camelia Rodríguez, Matilda Hortensia García, Dalia Díez, Enrique… Díez y mi padre, Ernesto Angulo.

—Perfecto, lo has hecho genial.

—Oh —exclamé—, y Pepinillo. Lo siento, es tan silencioso que ni siquiera recordaba que existía.

El policía levantó la vista de la libreta.

—¿Quién?

—Pepinillo. Es el novio de Dalia, mi prima.

—¿El novio de tu prima se llama… Pepinillo?

—Sí. Bueno, no, se llama Peppino. Perdón, es que estoy muy nerviosa —me puse la mano sobre la boca y apreté los ojos, rompiendo a llorar otra vez.

—¿Cómo te llamas tú?

—¿Qué…?

—Tu nombre. ¿Cuál es?

—Lila… Lila Angulo. Mi madre quería llamarme Buganvilla, pero mi padre se negó.

—Hizo bien. —Se rio—. Vale, Lila, el novio de tu prima no puede llamarse Pepino. ¿Estás segura de que no es un apodo?

—Sí, estoy segura, su apodo es Pepinillo.

—Ya, pero… Lila, Pepino es el nombre de una verdura, sería como llamarse Berenjena o Calabacín. No sé, suena un poco extraño.

—¿Por qué? Yo tengo nombre de flor.

—Sí, y es muy bonito, pero no puedo decir lo mismo de Pepino o Buganvilla. En fin, cosas más raras he visto. —Se encogió de hombros—. Dime, ¿sabes su apellido?

—No tengo ni idea. —Lo pensé un momento y añadí—: Apunta Peppino Ravioli. O Peppino Farfalle, por ejemplo. No creo que le moleste, es italiano.

Me miró y sonrió.

—Ah, es italiano… Ahora lo entiendo, es como Pepe en español.

—Sí, supongo.

—Bien, Lila, ahora mira hacia arriba. ¿Ves a mi compañero ahí, asomado al terrado?

Miré por el patio de luces hacia arriba y un policía me saludó con la mano. Volví a mirar al policía con el que estaba hablando y asentí.

—Estupendo. Ahora, voy a explicarte lo que va a hacer: se descolgará por la pared, te pondrá un arnés de seguridad y descenderá contigo hasta el bajo. En pocos minutos, todo habrá acabado.

—¿Qué…?

No me había enterado de nada, con los nervios, mi mente estaba dispersa.

—No debes tener miedo, el equipo es muy resistente.

Me asomé por la ventana y miré hacia abajo. Mis padres vivían en un tercero, era una altura considerable.

—Tengo que saltar a una cama elástica, ¿no es así?

—¡No! No se te ocurra saltar, tienes que esperar a mi compañero, él te bajará.

—Pero… ¿Cómo va a entrar? No puedo salir de la habitación, me descubrirán.

—No tienes que salir, no lo hagas bajo ningún concepto.

—Entonces, ¿quién le abrirá la puerta? ¿Vais a echarla abajo con un cachiporro de esos?

—No podemos reventar la puerta, Lila, pondríamos a tu familia en peligro. Es más seguro que bajes con mi compañero por la pared,

sujeta con un arnés.

Por fin, entendí lo que pretendían hacer. En una situación más distendida lo habría hecho al instante. Pero había nombrado a mi familia y, al pensar en ellos, me sentí fatal. ¿Cómo iba a abandonarlos? Estaban secuestrados por dos delincuentes en el salón, seguramente armados. Me pareció una traición tremenda. Aunque me pusiera a salvo, no iba a poder quedarme tranquila.

—No puedo irme —lloré.

—¿Cómo? ¡¿Por qué?!

—No puedo abandonar a mi familia, eso solo lo haría una rata de dos patas.

El policía me sostuvo la mirada y suspiró.

—Lila, tus padres te querrían lejos de aquí, preferirían que escaparas. No podemos perder más tiempo, debemos aprovechar que todavía no saben que estás escondida.

El otro policía ya estaba bajando por la pared. No necesitaba mi permiso para rescatarme, como era normal, su obligación era salvarme la vida.

—No hagas ningún sonido, ¿vale? No converses con mi compañero ni hagas movimientos bruscos que puedan desplazar el mobiliario. —Le dio énfasis a sus palabras gesticulando con sus fuertes manos—. Estás haciendo lo correcto, todo irá como la seda.

Hice un puchero y asentí.

—Espera, ¿cómo te llamas?

—¿Disculpa? —Estaba pendiente de su compañero que ya estaba llegando a mi ventana.

—No me has dicho tu nombre, y yo te he dado el mío y el de toda mi familia.

—Oh, vale, Abraham.

—Abraham… Oye, Abraham.

—¿Sí?

—¿Quiénes son? ¿Por qué nos han secuestrado? No tenemos nada de valor aparte de tres kilos gambas.

Abraham, a pesar de la situación, se rio.

—Os necesitan para negociar, han atracado una joyería.

—¿Una joyería? Si hubieran hablado con mi madre les habría aconsejado atracar una lonja de pescado.

El policía que bajaba a rescatarme metió un pie por la ventana con demasiado ímpetu y me dio una patada en la nariz. Me tambaleé. Con los ojos apretados y una mano sobre la nariz, muerta de dolor, me agarré a la cortina.

Se descolgó y la barra metálica cayó al suelo, formando un escándalo impresionante. El policía se impulsó con los pies a un lado de la ventana y desapareció. Intentaba esconderse, igual que yo. Pero, en mi caso, sabía que no lo conseguiría, no iba a tener tanta suerte como la primera vez.

—Lila, aguanta, te juro por mi madre que te vamos a rescatar —dijo Abraham antes de desaparecer también.

Asustada y temblorosa, acepté mi destino. Cerré los ojos y me quedé de pie frente a la puerta de la habitación, no me molesté en meterme debajo de la cama. Esa vez, quien entró en la habitación no fue el más estúpido, fue Papá Noel.

CAPÍTULO 5

—Levanta las manos. ¡No te muevas! Mueve el culo hasta aquí.

Levanté las manos y volví a bajarlas de inmediato, como el gato chino de la suerte.

—¡He dicho que levantes las manos! —gritó Papá Noel.

—¡¿Cómo?! ¡Has dicho que no me mueva! —exclamé, lloriqueando.

—Alto ahí. ¡No me obligues a disparar!

—¿Qué…? ¡Has dicho que mueva el culo hasta ti!

—¡Con las manos en alto!

Di unos pasos atrás y levanté las manos.

—¡No vuelvas a moverte, te lo advierto! ¡Ven aquí!

No sabía qué hacer. No podía caminar hasta él si no me movía, desde un punto de vista científico, era imposible. Además, ¿con qué pensaba que iba a atacarle?, ¿con una de mis chanclas de playa?

Confundida, di unos pasos hasta él.

—¡He dicho con las manos levantadas!

Volví a andar hacia atrás y levanté las manos.

—¡Que vengas aquí!

Madre mía… Iba a ser una noche muy larga.

Caminé hasta él y levanté las manos.

—Vuelve atrás.

—¿¿Qué??

—¡Vuelve atrás y hazlo como te he ordenado! Levanta las manos y, sin hacer ningún movimiento que pueda malinterpretar, camina hasta mí.

—¿Ves? Ahora sí. No te costaba nada explicarte bien.

Yo no me caracterizaba por mi paciencia, me enervaba con facilidad, y eso hizo que perdiera un poco el miedo. De todos modos, no había nada que pudiera hacer para cambiar el hecho de que mi vida estaba en sus manos. Iba a hacer conmigo lo que quisiera, sin pedirme opinión.

—¿Contento?

—Camina delante de mí. Y recuerda que tienes una pistola en la nuca.

Caminé por el pasillo con Papá Noel detrás, apuntándome con su pistola. Debí haberme puesto mis chanclas de playa, antes de llegar al salón, se me dobló la punta de una zapatilla y tropecé, caí al suelo de rodillas.

—Lo siento. ¡Lo siento! Las zapatillas me van grandes. ¡Ha sido sin querer! —Encogí los hombros y fruncí la cara.

—Vas por mal camino. No me gustas, tenlo en cuenta, llevo dos minutos contigo y ya estoy harto de ti.

—Vale, vale… No hace falta que seas tan sincero, tengo sentimientos.

Se inclinó sobre mí y dijo entre dientes:

—Pedazo de enterada… ¡Cállate! No quiero oírte más en toda la noche.

—¿Puedo decir una última cosa?

—No.

—Pero…

—¡He dicho que no!

—¡Es que me meo, me estoy haciendo pis!

Era verdad, no era ninguna treta para intentar escapar. Me había tomado dos Coca-Colas antes de que irrumpieran en casa, tenía la vejiga a su máxima capacidad.

Me agarró por el cuello de la bata y tiró de él hasta ponerme en pie, me llevó hasta el salón medio en volandas.

Mi padre, al verme entrar, resopló, desanimado. Había tenido la esperanza de que hubiera podido escapar.

Y, de hecho, quizá podría haberlo conseguido…

Pensé que podría haber intentado fugarme antes de que me descubrieran, haber corrido por el pasillo de puntillas y haber llegado

a la calle. Pero estaba tan asustada que ni se me pasó por la cabeza, mi única obsesión era pasar desapercibida. En cualquier caso, ya era tarde para arrepentirme. No debía flagelarme por eso, no tenía experiencia, a una no la secuestraban todos los días.

El salón parecía un tanatorio, incluso Pepinillo estaba serio y alicaído. Supuse que se preguntaba por qué narices no se había quedado en Italia, comiendo panetone. El único miembro de mi familia que no estaba pasándolo mal era mi tío Enrique, estaba sentado en el sofá con las manos atadas sobre su regazo, durmiendo la mona. La cabeza le colgaba sobre un hombro, si no le hubiera oído roncar, habría creído que le habían disparado.

—Átale las manos —ordenó Papá Noel al hombrecillo disfrazado de elfo.

El hombrecillo desenrolló un buen trozo de cinta americana y me ordenó:

—Siéntate y junta las manos.

Sonaba como si hubiera aspirado helio, tenía una voz ridícula, y sus mofletes pintados de rojo con pecas hechas con delineador no le ayudaban a ganar credibilidad.

—¡Ay, no aprietes tanto! Cuánta mala leche hay en ese cuerpecillo…

Acercó su cara a la mía y dijo con su voz nasal:

—¿Qué has dicho?

—Bueno, muy alto no eres, la verdad.

Percibí que mi comentario le molestó, me apretó la cinta americana todavía más.

Lo miré de reojo y añadí:

—Incluso Papá Noel lo sabe, por eso te ha disfrazado así.

Mi tía Camelia asintió.

—Seguro, para reírse de él —se unió.

—Me apuesto lo que quieras a que se parte de risa cuando no le ve. Hay gente así, se aprovechan de los más solitarios y desfavorecidos.

—Tú tampoco eres muy grande, ¿eh? Podrías haberte escondido en una lata de galletas —se picó el hombrecillo.

—Y tú tampoco eres muy listo, que digamos, el primer sitio en el que se busca a una persona en un dormitorio es debajo de la cama —contraataqué.

—¡Creía que era una cama con canapé!

—¿Y qué? Podría haber estado dentro del canapé, igual que una anchoa.

Papá Noel, que había estado hablando por el móvil, se acercó a mí con un semblante de lo más serio. Supe que estaba pasándome de la raya, aquello no era una función de teatro.

Iba a abrir la boca para amenazarme cuando mi madre dijo:

—Oiga, Papá Noel, ¿podría hacerme un favor?

Papá Noel se giró hacia atrás.

—¿Le importaría ir a ver cómo van las patas de cordero? Se me van a quemar, y no sabe cómo está todo de caro en la carnicería.

—¿¿Eh?? —exclamó Papá Noel.

Volvió a girarse hacia mí y levantó el dedo índice en un gesto amenazador, pero se quedó con la palabra en la boca, su teléfono comenzó a sonar.

Era la policía, estaban empezando a negociar con él. Sentí alivio al saber que seguían ahí fuera, intentando rescatarnos.

Mi prima Dalia se inclinó hacia mí desde su silla.

—Ese teléfono móvil ya tiene más años que Cascoporro —susurró—. Le interesaría darse de alta con nosotros, podría ofrecerle 5 gigas de velocidad y un modelo nuevecito. —Miró a Pepinillo y dijo —: ¿Verdad, cariño?

Pepinillo asintió. Pero, por primera vez desde que le conocía, no sonrió.

CAPÍTULO 6

—Necesito ir al baño.

No podía más, levantaba las rodillas rítmicamente, sentada en mi silla. Ya no sabía qué hacer para aguantarme el pis, lo estaba pasando fatal.

Papá Noel y el hombrecillo estaban discutiendo los términos de la negociación de nuestro rescate en un rincón del salón, pero solo oía susurros. Se notaba que quien mandaba de los dos era Papá Noel, el hombrecillo disfrazado de elfo tan solo asentía con las manos colocadas en las caderas.

—Lo siento. Lo siento mucho, solo quería darle al niño peladillas —se disculpó Matilda, mortificada—. Pensaba que venía a pedir el aguinaldo. Y eso no, eso sí que no.

Habría superado un curso de seguridad digital, pero el analógico lo debía haber suspendido. Nunca, nunca, jamás se le abría la puerta a un desconocido y, mucho menos, a un desconocido con un disfraz.

—No sufras, tía. ¿Qué ibas a saber tú? —la consoló mi madre —. Parece un huérfano tuberculoso de los cuentos victorianos, yo le habría sacado un plato de cocido del congelador. Le habría dado el táper en una bolsa y un par de palmaditas en la cara.

—¡¿Queee?! —preguntó Matilda.

—¡Que no pienses en eso, tía, la culpa es nuestra por utilizarte de portera! —gritó mi tía Camelia.

—Eso lo dirás por ti, ¿no? Tú estabas en el lavadero, fumando como un chino en quiebra —le reprochó mi madre—. Qué manera de fumar, parecía que estuvieras ahumando un salmón.

Mi tía Camelia la miró, boquiabierta, y le soltó:

—Y dónde estabas tú, ¿eh? No creo que estuvieras arreglándote para ir a la Misa del Gallo. Te casaste embarazada de cinco meses y después apostataste, no tiene ni pies ni cabeza.

—¿¿Qué?? —exclamó mi madre—. Y tú no estás casada porque tu marido tiene la entrada prohibida a la iglesia, saben que se bebe hasta el vino de misa.

Mi tío Enrique, que seguía durmiendo como un lirón, entreabrió los ojos y levantó un poco la cabeza.

—¿Eh…? Qué va, no estoy borracho. —Volvió a cerrar los ojos y se acomodó para seguir durmiendo.

Matilda se quedó asombrada.

—Qué suerte… Ojalá pudiera dormir yo así todas las noches —musitó.

—¡Oiga, suelte esa gamba, nos va a dejar sin cena! Qué cara más dura, con lo caras que están —regañó mi madre a Papá Noel.

—Magnolia… —le advirtió mi padre. Preocupado por su vida, como era normal.

Papá Noel se puso delante de mi madre y le soltó:

—Mire cómo me como la gamba, señora, sin pelar.

El hombrecillo, para no ser menos, también la provocó.

—Mire, mire cómo me como yo su jabuguito, señora.

Enrabiada, mi tía Camelia intentó embestirle como un toro —como un toro atado en una silla—, y grito:

—¡Tírale una zapatilla, Magnolia, saca a esa rata de casa!

—Cuando te pille te voy a dar un chancletazo que te voy a dejar la cara más guapa todavía. ¡Cucaracha! —amenazó mi madre al hombrecillo.

—No puedo más. ¡No puedo más, me estoy meando! —exclamé.

—Pero ¿esto qué es? ¿¡Es que estáis todos tarados o qué!? ¡Silencio, aquí solo hablo yo! —gritó Papá Noel.

—Es que… Necesito ir al lavabo —dije con un hilo de voz.

Papá Noel se plantó junto a mí con los brazos en jarras y una expresión en la cara que me asustó. Me tenía manía. Y no comprendía el porqué, yo era adorable.

—Permita a la chica ir al baño, *signore*, tenga un poco de corazón —intercedió Pepinillo en mi favor.

—Sí, necesito orinar, *Papillo Natale*, no me aguanto más.

Papá Noel puso los ojos en blanco, se giró hacia atrás y le dijo al hombrecillo:

—Acompáñala. Pero dale dos minutos, y que no cierre el seguro.

El hombrecillo me hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera y entré en el cuarto de baño.

—Ya lo has oído, solo dos minutos. —Me esperó fuera, apoyado en la pared.

Cerré la puerta y me senté en el retrete como un rayo. Casi no me dio tiempo de bajarme el pantalón, no era tan fácil hacerlo con las manos atadas. Pero enseguida me sentí en la gloria, cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás.

Tenía el depósito a medio vaciar cuando oí:

—Pst. Pssst.

Giré la cabeza hacia atrás y levanté la vista para mirar la ventana que daba al patio de luces. ¿Qué había sido eso? ¿Alguien estaba mirándome mientras hacía pis? Habría cerrado la ventana rápidamente de haberme encontrado en otra situación, pero, en aquella, secuestrada, me alegró muchísimo tener compañía.

Terminé de hacer pis lo más rápido que pude y me puse de pie. Mi corazón empezó a palpitar loco de felicidad, Abraham estaba asomado en la ventana del piso de enfrente.

—¿Va todo bien? —me susurró.

—Bueno, todo lo bien que podría ir en una situación así —susurré con una amplia sonrisa—. No hay nadie herido, si es a lo que te refieres.

—Estupendo, eso nos han dicho.

—Estáis negociando con ellos, ¿verdad? Vais a rescatarnos pronto. Por favor, dime que sí. Temo posibles represalias, mi madre ha estado a punto de morder al que está comiéndose el jabugo.

Abraham se aguantó la risa. Lo que me pareció tan mono como extraño, porque estaba empuñando una pistola sobre su pecho. No

era un momento para reírse, pero algo de normalidad era de agradecer.

—¿Están comiéndose vuestra cena de Nochebuena? —me preguntó.

—Como lo oyes, no tienen vergüenza. Una, aquí, salivando, y ellos dándose un festín.

Abraham se echó hacia adelante y dijo en un susurro:

—Escucha, Lila, todo el edificio está rodeado, estamos por todas partes. Confía en nosotros y no desesperes, ¿me oyes? Son viejos conocidos y se juegan mucho, no se atreverán a haceros daño.

—¿Me lo juras?

El hombrecillo llamó la puerta.

—¡Ya han pasado dos minutos! —gritó—. ¡Sal ahora mismo o entro yo!

—Te lo juro. Ah, y súbete los pantalones antes de salir.

Miré hacia abajo y di un respingo. Por suerte, la sudadera me tapaba lo importante.

—Oh… Siento el espectáculo —dije, avergonzada—. Bueno… ¡Te quiero! ¡Adiós!

Abraham sacudió la cabeza, sorprendido.

Cuando abrí la puerta del baño, había más cola para entrar que en el de una discoteca. Mi prima entró corriendo y cerró de un portazo, el cuadro que colgaba de la pared del pasillo tembló. El hombrecillo me dio un empujón en dirección al salón y, llena de incertidumbre y angustia, volví a sentarme en mi silla.

CAPÍTULO 7

—Ay, madre de Dios… Qué mareo, todo me da vueltas. Los disgustos no me van bien para la diabetes…

Mi madre, a falta de poder hacer otra cosa por Matilda, intentó tranquilizarla.

—Cálmate, tía. Respira lentamente y piensa en algo agradable, pronto se largarán de aquí y nos dejarán en paz.

Estábamos preocupados por su estado de salud. Mi tía abuela estaba lánguida y pálida, casi del mismo color que su pelo blanco marcado con secador, recién salido de la peluquería. No es que los demás tuviésemos una cara excelente, pero ella era mayor y más vulnerable que nosotros.

Mi tía Camelia se irguió en su silla.

—¡Dejadla salir ahora mismo, está enferma! —exigió.

—¡Como se me muera mi tía os vais a enterar! —les amenazó mi madre.

—Os meteremos con ella en el horno del crematorio de una patada —dijo mi tía—. ¡No vais a tener donde esconderos, asaltaviejas!

—¡Sinvergüenzas, estáis maltratando a una abuela decrépita! —les acusó mi madre.

—¡Desalmados, mi tía no es menos persona porque esté sorda y se le escape el pis! —gritó mi tía.

Matilda, que oía un poco cuando le hablaban a gritos, se enteró de la conversación.

Asustada, se puso la mano en el pecho y preguntó:

—¿Voy a morir?

—¡No, tía, por encima de mi cadáver! —contestó mi madre a grito pelado.

Mi padre se inclinó hacia adelante en su sillón y dijo:

—Bueno, no hace falta que te pongas tan espléndida, Magnolia, ya es mayor.

—Qué susto… —musitó Matilda—. Pensé que iban a matarme para darle enjundia al teatrillo este. ¿A quién se le ocurre disfrazarse de rana para cometer un secuestro? No da nada de miedo, parece que haya salido de una charca.

—No va disfrazado de rana —le informó mi tía Camelia.

—¡¿Queee?! —preguntó Matilda.

—¡Que va disfrazado de…! Bah, da igual.

Matilda no estaba diciendo algo tan disparatado. Las pantuflas del hombrecillo tenían un dobladillo ancho en el tobillo acabado en tres picos, parecían las ancas de una rana, y el traje era de color verde de arriba a abajo, podía prestarse a confusión.

—Nadie va a salir de aquí, ¿me oís? ¡Esto no es un cachondeo, es un secuestro de verdad! —gritó Papá Noel.

El hombrecillo se puso las manos en las caderas y repitió con su ridícula voz:

—¡Sí, esto no es un cachondeo!

Mi madre y mi tía se miraron y soltaron una pedorreta, les dio un ataque de risa.

De repente, mi prima se encogió en su silla y llamó al hombrecillo con la mano.

—¿Puedo comentarte algo? —le preguntó.

El hombrecillo la miró con desconfianza, pero asintió.

—Quiero hacerte una proposición.

—Ya has oído a mi compañero, nadie saldrá de aquí hasta que la poli nos dé lo que queremos. No te molestes, no nos harás cambiar de opinión.

—Lo sé, no voy por ahí. Es que… Verás, estoy segura de que no estás ahorrando en tu factura de teléfono. Eso no es de ser muy inteligente, estarás de acuerdo.

—¿¿Eing?? —exclamó el hombrecillo.

—Puede ofrecerte dos líneas móviles, internet a máxima velocidad y un paquete de televisión a un precio increíble. Tendrás los mejores canales de series y el cine de estreno. —Levantó las cejas un par de veces y sonrió—. ¿Qué me dices? ¿No es una oferta imposible de rechazar?

Me quedé atónita. Lo que acababa de presenciar me sorprendió, a mí nunca me había ofrecido el paquete de televisión. ¿Por qué? Quizá me interesaba, pagaba varias plataformas de streaming por separado.

Matilda, cada vez más debilitada, miró al infinito y exclamó:

—Agustín… ¡Agustín! Espérame, ya casi estoy ahí…

—¡Se está muriendo! ¿Es que no lo veis? ¡Ya está viendo a Agustín! —estalló mi madre.

—Su marido puede esperar. Debe llevar años tieso, no le importará esperarla unas cuantas horas más —dijo Papá Noel.

Matilda levantó los brazos como si viera algo maravilloso frente a ella que nosotros no podíamos ver.

—Agustín, mi vida… Estás igual, todavía llevas tu chapita y tu cascabel.

Papá Noel dio un respingo.

—¿Eh…? —musitó.

Sinceramente, no entendía por qué los secuestradores no se daban media vuelta y se largaban por donde habían llegado, estaban tardando. Yo lo habría hecho, habría preferido pasar la noche en el calabozo en vez de con mi madre, mi prima y mis tías.

Mi tío Enrique, que empezaba a salir de su letargo, me miró y, por su cara, supe que acababa de preguntarse lo mismo que yo.

—Pero ¿qué queréis? ¿Se puede saber? —dijo mi tía Camelia—. Dudo mucho que os dejen escapar, os darán un poco de ventaja para que os fuguéis y después irán a por vosotros. Vais a pasar toda la vida en la cárcel.

Papá Noel dio unas zancadas y le puso el cañón de la pistola en la frente.

—¿Sabe qué? Puede que tenga razón, da igual lo que haga, puedo matar a uno o a cien. De todas formas, pasaré el resto de mi vida en la cárcel.

El salón se quedó en silencio. Todos nos asustamos, incluido el hombrecillo.

—Jefe… —dijo.

Papá Noel se quedó unos segundos más así, con la mandíbula tensa y el cañón de la pistola en la frente de mi tía Camelia. Cuando lo bajó por fin, mi tía tragó saliva y acomodó el culo en su silla.

CAPÍTULO 8

—Creo que ha entrado en coma —dijo mi madre. Le dio a Matilda con la rodilla en la pierna un par de veces, asustada, intentando espabilarla.

—Pensadlo bien. No sé qué delito habréis cometido antes de llegar, pero la muerte de una persona será una agravante para vuestra condena si os cazan y os juzgan —dijo mi tía Camelia, visiblemente desesperada.

—Lo estáis empeorando —me uní—. Además, ¿cómo vais a convencerles de que os den todo lo que queréis si muere un rehén?

Pepinillo también quiso intervenir.

—Podría ser su propia *nonna*, tengan compasión.

La situación se puso muy seria, dejamos de decir impertinencias y de bromear. Mi tía abuela, Matilda, no era una cría, tenía cerca de noventa años, pero todos la queríamos y deseábamos que pasara el máximo tiempo posible entre nosotros.

Me había dado un bajón espectacular. Miré hacia el balcón y me quedé absorta, viendo el reflejo de las luces azules de los coches de policía rebotar en la fachada. Sabía que estaban aparcados abajo, frente a la portería. Aun así, los sentía muy lejos de allí. ¿De qué servía que estuvieran aparcados en la acera de enfrente? No podían entrar a tiros para rescatarnos, Papá Noel habría disparado a alguno de nosotros antes de que los policías llegaran al salón. Solo podíamos esperar que se sintiera satisfecho con lo que pudieran ofrecerle, pero, de momento, no parecía ser así.

Papá Noel se quitó la barba postiza y se abrió el cuello de la chaqueta de su disfraz. Estaba sudando, empezaba a agobiarse. Le hizo un gesto con la cabeza al hombrecillo para que acudiera a su

lado y charlaron en voz baja en un rincón del salón. Un par de minutos después, Papá Noel se puso el móvil en la oreja.

—Yo no me pondría tan exquisito, ¿sabes? La vieja está a punto de cascarla —dijo al teléfono—. No la he tocado, ya estaba enferma… Qué quieres que te diga, no me eches la culpa a mí, no iba a hacerle un reconocimiento médico antes de secuestrarla… No, no voy a entregárosla porque sí, necesito algo a cambio… Y qué voy a ganar con eso, ¿eh? ¡Metéroslo por el culo! —gritó. Pero, de repente, frunció el ceño, considerándolo, y una sonrisa se dibujó en su cara—. Bueno, pesándolo bien, puede que no sea tan mala idea. —Se echó a reír y colgó.

El salón al completo había estado atento a la conversación, mirando a Matilda de vez en cuando, asustados por ella. Me dio mucha pena, su mejilla derecha descansaba sobre la mesa del salón y tenía las manos atadas, si le quedaba algo de consciencia, debía sentirse muy incómoda y dolorida.

—¡Venga ya! ¿Es que no tienes suficiente con el resto de nosotros? ¡Somos siete! —nos sorprendió mi tío Enrique, abriendo la boca por primera vez.

—¡Siete no, ocho! ¡Mirad mi barriga, yo hago por dos! —exclamó mi padre.

Papá Noel me señaló y dijo:

—Tú, ven aquí.

—¿¿Yo?? ¡Qué pasa! ¿Qué he hecho ahora? Hace rato que estoy calladita.

Me agarró del brazo con fuerza y me levantó de la silla.

—Ven conmigo, vas a encargarte de abrir la puerta. —Miró al hombrecillo y dijo—: Ven conmigo tú también, coge la cinta americana. Y, a todos los demás, recordad que estoy apuntando a esta idiota con una pistola en la sien, no se os ocurra hacer alguna tontería.

—Oye, cómo te pasas, después te quejarás de que te contesto. Poco te digo para lo que te mereces —repliqué.

Mi madre se echó hacia adelante en su silla y le preguntó:

—Oiga, cuando vuelva, ¿podría hacerme un favor?

Papá Noel puso los ojos en blanco y resopló.

—Le coge de paso, no le cuesta nada. Échele un ojo a las patas de… Vale, no hace falta que se ponga así —dijo al ser apuntada por la pistola de Papá Noel.

Me dio un empujón y me llevó por el pasillo con un brazo alrededor del cuello y la pistola en la otra mano, apuntándome con ella en la sien. Oímos el ascensor parar en nuestra planta y Papá Noel dijo:

—Mira por la mirilla y dime qué ves.

Miré por la mirilla y la puerta del ascensor se abrió. Dos sanitarios salieron de él, haciendo rodar una camilla. Detrás de ellos, salió un policía.

Sentí una oleada de ilusión. Era mi ángel de la guarda, Abraham. Me obligué a controlarme, no me pareció buena idea ponerme a brincar de alegría con una pistola apuntándome en la sien.

—Son dos sanitarios y un policía —informé a Papá Noel.

—Abre la puerta. Y mantente siempre con tu espalda pegada a mi pecho.

Con las manos temblorosas de emoción, abrí la puerta de casa. Abraham me miró a los ojos con el rostro serio, hizo como si fuera la primera vez que me hubiera visto en la vida. No intenté tirarme a sus brazos ni tampoco le saludé, entendí que, por seguridad, era lo que quería que hiciera.

—Registra a los tres. Y hazlo bien —ordenó Papá Noel al hombrecillo.

El hombrecillo los cacheó de arriba a abajo y, cuando acabó, Papá Noel hizo pasar a los sanitarios.

—Espero que no sea demasiado tarde, vas a meterte en un lío feísimo de lo contrario. Lo sabes, ¿verdad? —le advirtió Abraham.

—Ahórrate tus amenazas de mierda, quien tiene el control de la situación soy yo.

—Bien, tú sabrás —dijo Abraham.

Papá Noel miró al hombrecillo y dijo:

—Átale bien las muñecas. A este, a la espalda.

Abraham se levantó las mangas de su uniforme, nos dio la espalda y el hombrecillo obedeció.

—No entres hasta que yo te lo diga —le indicó Papá Noel.

Abraham asintió. El hombrecillo le puso la cinta americana como Papá Noel le había ordenado y Abraham esperó fuera, de espaldas, con las manos y parte de los brazos bien sujetos.

Entendí lo que iba a pasar, los detalles de la conversación que Papá Noel había mantenido con la policía. Abraham iba a intercambiarse por Matilda, Papá Noel había aceptado el trato porque pensaba que un policía era más valioso para hacer presión que una abuela enferma, no dejaba de ser uno de los suyos.

Un momento después, los sanitarios salieron del salón con Matilda, tumbada en la camilla. Nos apartamos a un lado para que pudieran pasar y, de repente, exclamé:

—¡Esperen! Por favor, déjenme despedirme de ella.

No sabía si iba a volver a ver a la hermana melliza de mi abuela con vida. Podía morir, podía encontrarse en un estado tan grave que no consiguiera recuperarse. Me incliné sobre ella con una lágrima rodando por mi mejilla y el brazo de Papá Noel alrededor de mi cuello. Le di un beso a Matilda y susurró:

—Venga, que os den.

Los sanitarios empujaron la camilla y entraron en el ascensor. Esperaba que nadie hubiera notado la repentina apertura de mis ojos. ¿No estaba moribunda? ¿Ni siquiera un poco inconsciente? Me quedé más a cuadros que mis zapatillas.

—Entra —ordenó Papá Noel a Abraham—. Y no estés tan serio, tío, nos lo vamos a pasar de muerte.

Abraham inspiró profundamente, elevó la barbilla y sonrió con cinismo.

CAPÍTULO 9

—Es un poco lioso, lo sé. Pero no te preocupes si te confundes, estamos acostumbradas.

Abraham sacudió la cabeza en desacuerdo.

—No, no me lo parece. Camelia es tu tía, Magnolia es tu madre, Dalia es tu prima y tú eres Lila. ¿Por qué debería confundirme? Es bastante sencillo.

Las cuatro nos miramos a la vez, asombradas, Abraham lo había hecho perfecto a la primera. Nunca nos había pasado, siempre teníamos que repetirlo varias veces.

—Así da gusto, Aarón —dijo mi madre—. No soporto tener que repetir mi nombre. Es de muy mala educación no estar atento cuando te presentan a una persona, dice mucho del respeto que te merece.

Abraham levantó las cejas.

—Bueno, no me llamo Aarón.

—Ah, ¿no? —se sorprendió mi madre.

—No, mi nombre es Abraham.

Mi madre se giró hacia mí y me dio un puntapié.

—¿Y por qué me has dicho que se llama Aarón?

—¿¿Yo?? —exclamé.

Miró al hombrecillo y gritó:

—¡Oiga, suelte ese queso, cuesta más de veinte euros el kilo!

Mató dos pájaros de un tiro, lo del queso le fue genial para disimular. Los platos estaban quedándose vacíos, el hombrecillo y Papá Noel comían como leones. Ni siquiera nos había dado tiempo de probar los entrantes, acabábamos de poner la mesa cuando

entraron a secuestrarnos. Yo había conseguido catar una gamba, pero su sabor ya era un recuerdo muy lejano en mi memoria.

Mi tía Camelia señaló al hombrecillo con la barbilla.

—Míralo, el tío, y ni siquiera se lo empuja con un poco de pan —nos comentó.

—¿Dónde lo compra? —preguntó el hombrecillo. Dio un salto hacia atrás y se sentó en la mesa. Cruzó los tobillos y balanceó sus delgadas piernecillas hacia adelante y hacia atrás. —Soy un forofo del queso, y este en concreto está muy bueno. Dígame, ¿es de cabra?

Mi madre apretó los dientes y desplegó las aletas de la nariz.

—No, no es de cabra… Es de leche de orangután. De la misma leche que te voy a dar en cuanto te enganche. ¡Saca tus pezuñas de mi queso, lagartija!

—¡Oiga, que solo le he hecho una pregunta! Qué humor —se quejó el hombrecillo.

Abraham agachó la cara para que no le viéramos reír.

La escena era surrealista. Al fondo del salón estaba mi tío Enrique, sentado en el sofá, bostezando con una boa de espumillón alrededor del cuello. Junto a él se encontraba Pepinillo, que no levantaba la cara ni abría la boca por miedo a molestar. Y sentado en su sillón teníamos a mi padre, vestido con un jersey navideño de lana que le iba estrecho en la barriga. El resto estábamos sentados a la mesa como si estuviéramos cenando. O como si estuviéramos haciendo la güija, intentando comunicarnos con las gambas que ya habían desaparecido del plato.

Miré al hombrecillo y arrugué la nariz.

—¿Por qué es tan enclenque y bajito? ¿Hace mucho que le conoces? —le pregunté a Abraham—. Antes mencionaste que eran viejos conocidos.

—¿A Remy? Sí, le hemos detenido decenas de veces. Supongo que eso es lo que hacen las drogas cuando todavía no has llegado a la adolescencia, no te permiten desarrollarte como deberías. Es una pena… Muchos de estos delincuentes de barrio nunca aprenden, los detienes, salen a la calle y, a los cinco minutos, vuelven a delinquir. No saben qué otra cosa hacer con sus vidas.

Eché la cabeza hacia atrás.

—¿En serio? ¿Se llama Remy? ¿¿Como la rata de *Ratatouille*??

—Sí, Remigio. Pero todo el mundo le llama Remy.

—Como se enteren mi madre y mi tía verás el cachondeo que van a formar.

Abraham se rio.

Observé su perfil, sus ojos verdes y su masculina barbilla, y me pregunté cómo había podido aceptar cambiarse por Matilda. No solo por el riesgo que eso conllevaba, también por las fechas en las que estábamos, era Nochebuena.

—Seguro que estás arrepintiéndote de haber trabajado hoy. De haberlo sabido, te habrías inventado una baja por enfermedad —le comenté.

—No lo creas. ¿Por qué iba a hacerlo? Es mi trabajo, y va precisamente de esto. ¿Te imaginas qué habría pasado si nadie hubiese querido trabajar esta noche?

—Ya, pero es Nochebuena.

—Sí. Pero mañana libro, y es Navidad.

Suspiré, quién sabía dónde estaríamos el día de Navidad. Papá Noel acababa de hablar con la policía de nuevo, pero, por su cara y el sudor que tenía bajo la nariz, sospechaba que la negociación no iba como deseaba.

—Yo también he trabajado hoy. Sin saber que estaría mejor trabajando que en casa, ¿no es gracioso? —dije—. Lo he pasado francamente mal, los dinosaurios de la sala del fondo estaban más a gusto que yo. Tenía los pies congelados.

—¿Dónde trabajas?, ¿en una juguetería?

—En un museo, vendo las entradas en la taquilla.

—¿Y tenéis dinosaurios?

—Son una reproducción, claro. También tenemos otros animales extintos como un león americano y un megalodón. Andresito, le llamamos.

Quien se quedó mirándome en esa ocasión fue Abraham, por el rabillo del ojo, le vi observándome con el ceño fruncido.

—¿Tenéis un tiburón gigante que se llama Andresito? —me preguntó.

—Sí, de alguna forma había que llamarlo, lleva mucho tiempo con nosotros. ¿Por qué lo dices? ¿No te gusta el nombre?

Se encogió de hombros.

—No, está tan bien como cualquier otro, supongo. Podría haber sido peor, podría haberse llamado Pepinillo. O Buganvilla.

Bajamos la cara y nos reímos a escondidas.

—No hables tan alto, Pepinillo no sabe que le llamo así —susurré.

—No puede hacerte nada, tiene las manos atadas. Además, yo no lo permitiría, soy un agente del orden muy responsable y servicial.

Le di un golpe juguetón con el hombro y él me guiñó el ojo.

De repente, me sentí avergonzada por ir vestida con un chándal de *Lilo y Stitch*, la bata verde de mi padre y sus zapatillas de cuadros. Debí haberle hecho caso a mi madre, me arrepentí de no haberme cambiado de ropa. Encima tenía el pelo alborotado y suponía que habría barrido alguna pelusa con él. Sentí impotencia porque no podía peinármelo con los dedos, tenía las manos atadas.

Me soplé el pelo hacia arriba.

—Muchas gracias por lo que estás haciendo —dije.

—Bueno, de nada —respondió Abraham.

—Siento mucho que te encuentres en esta situación el día de Nochebuena, deberías estar cenando con tu pareja y el resto de tu familia. Puede que incluso tengas un bebé, no te habrá dado tiempo de poner sus regalos bajo el árbol.

Lo miré de reojo, esperando su contestación.

—No, no te preocupes. Mi perro estará aullando porque está solo, es un San Bernardo con ansiedad por separación. Pero confío en que mañana me lo llevaré a comer a casa de mis padres y se lo podré compensar.

Oh, qué desagracia —guiño, guiño—, no tenía pareja.

—Yo también confío en que mañana tendremos comida de Navidad, estoy muerta de hambre.

Me incliné hacia adelante para olisquear los restos del jamón y me di cuenta de que había un pedacito colgando del borde del plato.

Pegué la mejilla cerca de él, saqué la lengua y conseguí atraparlo de la misma manera que lo habría hecho una iguana.

—Joder… ¡Qué peste!

Me puse derecha en la silla, Papá Noel había hablado y no sabía a quién. Pensé que iba a castigarme por haberme comido el pedacito de jamón.

El hombrecillo se acercó a él con diligencia.

—¿Qué sucede, jefe?

—Aquí huele como si hubiera un huevo podrido bajo el sofá.

—Oh, ya voy, lo saco con el palo de una escoba.

—Qué escoba ni qué niño muerto. ¡Alguien se ha peído!

—Ah, pues no he sido yo —dijo el hombrecillo.

Levanté la nariz y, de repente, me llegó una peste increíble. Sobrenatural. Papá Noel no mentía, olía a huevo podrido. Me removí con insistencia en la silla, quería salir de allí.

—¡Qué asco, huele como si Agustín estuviese emparedado detrás del televisor! —exclamé.

—¡Que venga un médico para certificar la muerte del culpable, ya está descomponiéndose! —exclamó mi tía.

—¡Qué peste, por Dios! ¡Eso no puede provenir de una persona en condiciones, ha tenido que ser un animal! —se quejó mi madre.

Con el cuello de la chaqueta de su disfraz sobre la nariz, Papá Noel abrió la puerta del balcón y movió el aire con la mano para sacar el tufo. Me pareció ver que una nube verde y translúcida, con dos ojos y una sonrisa, se dio la vuelta en el aire para decirnos adiós.

A pesar del heroico gesto de Papá Noel, no dejamos que el asunto acabara ahí. Nos miramos en silencio, intentando leer la culpa en alguna de nuestras caras. Algo así, sin poder escapar y a traición, no se podía hacer.

—¿Has sido tú, papá? —le preguntó Dalia a mi tío—. No me extrañaría, sueles hacer ese tipo de cosas. Va con tu forma de ser.

—¿Por qué iba a ser yo? Hay mucha gente aquí aparte de mí. Y todos tienen el tubo de escape en el mismo sitio, por cierto, no señales a tu padre.

—Yo tampoco he sido, ¿eh? No me miréis así —dijo mi padre—. Esta panza no está rellena de gas, precisamente, he tenido que meterme muchas raciones de torreznos para lucirla tan vistosa.

Quizá no hubiera sido ninguno de los dos, pero allí había un culpable y necesitaba desenmascararlo.

—Entonces, ¿quién es el guarro? ¿Quién ha sido el autor de semejante torpedo letal? —exigí saber—. Pienso ir a comisaria para ponerle una denuncia en cuanto el secuestro acabe, no voy a consentir que quede impune.

—A mí no me mires, yo no me caracterizo por tener un silenciador ahí detrás —se exculpó mi madre.

Abraham, que estaba muerto de risa a pesar de ser el encargado de velar por el cumplimiento de la ley, se inclinó hacia mí y susurró:

—Ha sido Pepinillo.

Lo miré con la boca abierta.

—No… No puede ser, es demasiado educado y silencioso —dije bajito.

—Ya, igual de silencioso que ese gas lacrimógeno.

Asombrada, miré a Pepinillo. Nunca, ni en sueños, me lo habría esperado de él.

—¿Estás seguro?

—Claro, le he visto inclinándose de lado en el sofá.

Observé a Pepinillo y me pregunté qué más desconocía de él, qué escondía esa cara dulce y angelical que había atufado el salón. ¿Qué había merendado para gasearnos así? Comencé a verle con otros ojos.

Nunca lo reporté a las autoridades, enseguida me olvidé del incidente porque, desde el pasillo, alguien gritó:

—¡Devuélveme mi patinete! ¡Asu mare, Enrique, no me lo esperaba de ti!

CAPÍTULO 10

—¡Cómo cojones ha entrado este! —Papá Noel dio unas zancadas hasta la puerta del salón para atrapar al repartidor de Glovo.

El hombrecillo corrió a comprobar que había entrado solo, empuñando su pistola.

—Luis Alberto… ¿Qué estás haciendo aquí? —se sorprendió mi tío.

El repartidor de Glovo, Luis Alberto, puso los ojos como dos boles de IKEA al darse cuenta del lío en el que acababa de meterse, vio que Papá Noel empuñaba su pistola y supo que algo terrible estaba pasando en nuestro salón. Intentó fugarse por donde había llegado, pero Papá Noel fue más rápido que él y lo agarró por la mochila.

—¡Enrique, quién es Luis Alberto! —exigió saber mi tía.

—Nadie… Es un amigo, me ha prestado su patinete.

—¿Un patinete? ¡Para qué!

—¡No te lo he prestado, perro, me lo has robado! —exclamó Luis Alberto.

Nos quedamos asombrados. Pero no tanto como Abraham que, además de estar tan sorprendido como nosotros, agarró un cabreo importante.

Cambió a modo policía, dejó de ser el chico cercano y simpático de un momento antes. Se irguió con su uniforme en la silla y me pareció que ocupó medio salón con su presencia.

—Cómo has pasado el cordón de seguridad. ¿Es que nadie te ha pedido que te identifiques? —cuestionó a Luis Alberto con firmeza —. Hay varias patrullas abajo, no deberías haber podido acceder al portal en ningún caso.

Luis Alberto se encogió de hombros, le llegaron a las orejeras de su gorro amarillo de lana. Tenía unos cordones a los lados para atárselo bajo la mandíbula. Era práctico, y tenía aspecto de ser calentito. Me pareció que podía irme fenomenal para abrigarme en la taquilla.

—Yo solo he pasado por debajo de la cinta. Tus chocheras estaban hueveando y la puerta estaba abierta, pata. He subido y ya está, ha sido papayita.

Mi tía Camelia miró a mi tío Enrique y le preguntó:

—¿Qué puñetas ha dicho?

—Bueno… —Se hizo el interesante—. Que sus compañeros estaban de charla, ha sido muy fácil.

—¡Yo solo quiero recuperar lo que me ha robado este chivay! —clamó Luis Alberto—. ¡Deberías paltearte, conchudo, sabes que lo uso para la chamba!

Todos miramos a mi tío, a la espera de que hiciera la traducción simultánea.

—Quiere el patinete —dijo a secas.

—¿Qué significa «chivay»? —preguntó mi prima.

—¿Eh? —disimuló mi tío—. ¿Cómo sabías dónde estaba? —le preguntó a Luis Alberto.

—Me lo ha dicho Eleuterio, el del bar.

—¿Ves? ¡Ya sabía yo que venías del bar! —le recriminó mi tía.

Por primera vez desde que se unió a nosotros, vi a Abraham preocupado. Cerró los ojos, intentando contener su frustración, y resopló.

Me incliné hacia él y le pregunté:

—¿Cómo ha podido pasar?

Sacudió la cabeza y respondió sin mirarme:

—No lo sé… Supongo que de la misma manera que antes te has llevado una patada en la cara.

A mí también me preocupó que Luis Alberto se les hubiera colado con tanta facilidad. Confiaba en los profesionales que estaban intentando ayudarnos, pero me di cuenta de que, quizá, no todos eran tan profesionales.

Enfurecida, mi madre le reprochó a mi padre:

—Esa cerradura no está bien, Ernesto. ¡Te lo he dicho miles de veces, hay que empujar la puerta para que quede bien cerrada! Eres un desastre, hace meses que deberías haberla cambiado. No me extraña nada que nos pasen estas cosas.

—No me eches la culpa a mí. ¡Me paso el día trabajando! —se defendió él—. ¿Por qué no has llamado a un cerrajero? ¿Tanto te costaba?

—¡Tú eres cerrajero, Ernesto! —le recordó mi madre a grito pelado.

Papá Noel tampoco parecía contento con la situación, dio unos pasos hasta mí y agarró un buen mechón de mi pelo.

—Tú sabías que la puerta no cerraba. ¡Por qué no me lo has dicho! —Sacudió mi cabeza de un lado al otro, tirándome del pelo.

—¡Yo no lo sabía, ni siquiera vivo aquí!

Sí que sabía que la puerta no cerraba bien, pero, con la tensión del momento, no lo recordé. Además, no fui yo quien la cerró cuando Abraham se intercambió por Matilda, fue él mismo, Papá Noel.

—¡Estás haciéndole daño, suelta a la chica! —le exigió Abraham—. Si estás frustrado porque las cosas no van como planeabas, asúmelo y no nos hagas perder más el tiempo. ¡Entrégate ya!

Papá Noel me soltó el pelo, ladeó la cabeza y sonrió.

—Oh, míralo, qué caballeroso, sale en defensa de la señorita…

Tenía la cabeza dolorida, me había dado una buena sacudida agarrada de los pelos. Levanté mis manos atadas y me froté el cuero cabelludo como pude para mitigar el dolor.

De repente, Papá Noel levantó el brazo y le dio un fuerte codazo a Abraham en el pómulo. Fruncí la cara y encogí los hombros, fue tan bestial que me dolió hasta a mí.

—Por imbécil. Vuelve luego a por más —le soltó.

El hombrecillo, que tenía a Luis Alberto inmovilizado a punta de pistola, le dio un empujón y lo tiró de culo al sofá.

Mortificada, le dije a Abraham:

—Lo siento…

—No te disculpes, tú no tienes ninguna responsabilidad.

No me miró, sus ojos verdes estaban clavados en Papá Noel. No sabía qué estaba pensando, pero tenía claro que no deseaba estar en su lugar cuando Abraham pudiera ponerle las manos encima.

CAPÍTULO 11

—¿De qué país eres? Hablas un idioma muy raro —dijo mi tía.

—¿Cómo funciona la empresa? ¿Eres asalariado o autónomo? —se interesó mi madre.

—Ese gorro parece calentito. ¿Dónde lo has comprado? —pregunté.

—¿Sabes que podrías disfrutar de servicio de roaming completamente gratis si te pasaras a nuestra compañía? —dijo mi prima.

—Chissst —nos calló Luis Alberto—. La Doctora va a dar su veredicto.

Nos había ido genial que Luis Alberto se hubiera unido al secuestro, ya estábamos cansados de vernos las caras y él le había dado un toque de frescura. Manejaba el móvil de manera admirable a pesar de tener las manos atadas y, aunque no me gustara demasiado el programa, le agradecía que nos estuviera entreteniendo con *Caso cerrado*. No alcanzábamos a ver la pantalla, pero podíamos oírlo. Habíamos viajado en el tiempo, parecíamos una familia de la posguerra, reunida alrededor de la radio.

—¿Qué? Eso no es justo, ella le había pegado con una espumadera en la cabeza —se quejó mi prima.

—¿Y qué? Eso no es excusa para que le espíe el móvil —dijo mi madre.

—Pues no lo entiendo, ¿el amante se va a ir de rositas? —preguntó mi tía—. Quien le rellenó el depósito del motocarro con orines fue él.

—Pobre pendejo… —musitó Luis Alberto.

Defraudada, me eché hacia atrás en la silla. A mí tampoco me parecía justo que el marido hubiera sido condenado a encargarse de hacer la limpieza del cuarto de baño durante un año entero solo por haber leído los WhatsApp del amante de su mujer, él todavía tenía los orificios de la espumadera marcados en la frente.

—¿Estás seguro de que esa señora es juez? —le pregunté a Luis Alberto—. No me cuadra que le llamen Doctora.

—Claro, causa, por eso la llaman así.

Apreté los labios y negué con la cabeza.

—Pues sigo sin entenderlo, igual que a ti.

Luis Alberto se encogió de hombros y, sin consultarlo con nadie, puso reguetón.

Papá Noel había echado a mi padre de su sillón y lo había enviado al sofá. Cuanto más tiempo pasaba, más enfadado y tenso se le veía. Tenía una pierna sobre el reposabrazos del sillón y se había quedado absorto, mordiéndose la uña del pulgar.

—¿Estás bien? —le pregunté a Abraham.

—Sí, no es nada, una bolsa de hielo hará milagros. —Me miró y sonrió.

Era mono. No es que tuviera una belleza deslumbrante, pero sí mucha presencia y unos ojos verdes preciosos. Me atraía la seguridad que tenía al moverse y un detalle que tenía al sonreír, arrugaba la nariz de manera simpática.

Aburrida por la interminable situación, me dispuse a ligar con él. La ocasión era tan buena como cualquier otra, no encontré una razón de peso para desaprovecharla.

Lo miré de reojo y sonreí.

—¿Qué hace un policía cuando no está de servicio?

—¿A qué te refieres? —me preguntó.

—No sé. ¿Ves películas de acción? ¿Vas a scape rooms? ¿Juegas al Cluedo?

Soltó una bonita carcajada, me gustó su sonido y su ritmo.

—¿Crees que hago de mi tiempo libre una continuación del trabajo?

—A lo mejor, nunca he conocido a un policía.

—No, nada de eso. —Volvió a sonreír—. Cocino, paseo a mi perro, hago natación y veo documentales de asesinos, como la gente normal.

—Ver documentales de asesinos no es muy normal, disfrutar con la desgracia ajena es bastante morboso.

—Sí, puede ser, supongo que lo hemos normalizado.

—Es broma, a mí también me encantan. —Choqué mi hombro contra su brazo de manera juguetona.

Se me ocurrió que podíamos ver el documental de algún secuestro juntos cuando el nuestro acabara. Teníamos algo en común, podíamos quedar en mi casa una noche y pedir un Glovo. Iba a quedar genial en mi sofá, tenía unos cojines casi del mismo color que sus ojos.

Empujó los labios hacia fuera y, distraído, me preguntó:

—¿Te gusta el reguetón?

¿Quería conocer mis gustos musicales? Vaya… Él tampoco perdía el tiempo.

—Pues…

—Dime que no, voy a darle una patada al móvil de Luis Alberto desde aquí.

—Para nada. —Me eché a reír—. Yo ya lo habría hecho si tuviera las piernas tan largas como tú.

Entendí su crispación, era molesto, casi ofensivo, como cuando oyes música ajena en el autobús. Ver *Caso cerrado* había estado bien para desconectar, pero lo del reguetón era un tema muy distinto.

Dalia estaba disfrutando, se movía al ritmo de la música, sentada en su silla. Y no era la única, había visto al hombrecillo meneando el culo hacia atrás. Pero no estábamos solos con nuestra indignación, la zona del sofá comenzaba a amotinarse.

—Baja eso o te corto las pelotas y te las pongo de borlas en el gorro —advirtió mi padre a Luis Alberto.

—En cuanto me suelten las manos, te pincho las ruedas del patinete —le amenazó mi tío.

No entendía cómo Papá Noel no había intervenido ya, era más que evidente que no estaba para mucho jolgorio.

Lo señalé con la cabeza y le pregunté a Abraham:

—¿Qué es lo quiere? ¿Lo sabes?

Inspiró profundamente y exhaló de sopetón.

—Sí… Un coche para escapar, cincuenta mil euros y un rehén.

Sacudí la cabeza, confundida.

—No lo entiendo, ¿un rehén? ¿Es que no piensa liberarnos?

—Quieren quedarse con uno para asegurarse la fuga, como una especie de seguro de vida.

Miré a Papá Noel, volví a mirar a Abraham y, sorprendida, le pregunté:

—¿A quién?

Abraham me giró la cara.

—No estoy seguro… No sabría decírtelo exactamente.

Observé a los miembros de mi familia, preguntándome a quién me llevaría yo como rehén si estuviera en el lugar de los secuestradores y, la verdad, no supe responder.

Miré a mi padre, pasado de peso, con menos agilidad que un koala, y no pude imaginármelo corriendo a través de un monte lleno de zarzas. Con mi madre me pasó algo similar, se entretendría en las gasolineras comparando los precios de los aperitivos, podía ser un lastre más que una garantía de fuga. Y también descarté a mi tía, fumadora empedernida, huir con las ventanillas del coche bajadas en pleno diciembre no era el mejor plan. A mi prima ni me la planteaba, era una traidora, ofrecía paquetes increíbles a secuestradores que no conocía de nada mientras yo pagaba suscripciones de plataformas de streaming sin ningún descuento. Por último, mi tío tampoco era el rehén soñado para un secuestrador, acababa de demostrar ser un espabilado y un ratero, aquella misma noche había robado un patinete eléctrico.

Faltaba Pepinillo, lo sé, y no podía negar que fuera un rehén ágil, obediente, sano y honrado, pero no estaba dispuesta a soportar sus flatulencias.

Llegué a la conclusión de que ningún miembro de mi familia era el ideal, no me los habría llevado ni de escapada de fin de semana. Me encogí de hombros, hice una mueca de indiferencia y, entonces, caí.

Miré a Abraham y le pregunté:

—Soy yo, ¿verdad…?

Ladeó la cabeza y me miró con atención.

—Que eres tú, ¿quién?

—A quien se quieren llevar —dije, aterrada.

—¡Apaga eso de una vez o te tiro de una patada por el balcón! —gritó mi padre.

—¡Minimízate! ¡Pucha, qué mala nota contigo! —se quejó Luis Alberto.

Mi padre lo señaló con la cabeza y le dijo a mi tío:

—Traduce.

—Bueno… Básicamente, dice que te tranquilices, Ernesto. El chico tiene algo de razón, estás demasiado tenso. Relájate, no vamos a ganar nada poniéndonos nerviosos.

Al hombrecillo seguía sin molestarle la música, al contrario, se agachó un poco, apoyó las manos sobre sus rodillas y perreó. Sin embargo, lo de Papá Noel era otro cantar, estaba tan tenso que rechinaba los dientes, no entendía como conseguía controlarse.

Ni corto ni perezoso, Luis Alberto subió el volumen de la música. Me pareció que no lo hizo para chinchar, por su sonrisa y el rítmico movimiento de su cabeza, realmente pensaba que la canción era un temazo.

De repente, Papá Noel giró la cara hacia él.

—Apaga eso ahora mismo.

No levantó la voz, pero solo había que ver la expresión de su cara para saber que lo decía muy en serio, podría haber hecho explotar la cabeza de Luis Alberto con la mirada que le echó.

—Un momento, ya acaba —dijo Luis Alberto.

—He dicho ahora —le ordenó Papá Noel.

—Un segundo, jefe, ya está terminando —dijo el hombrecillo.

Papá Noel se levantó del sillón y dio una zancada hasta Luis Alberto con sus grandes botas negras de cordones. Lo cogió por la capucha del plumón y lo levantó del sofá.

Luis Alberto lo miró como un conejo cegado por los faros de un coche, asustado. Papá Noel acercó su frente a la de Luis Alberto y gritó:

—¡No te aguanto más! ¡Lárgate ahora mismo de aquí con el puto reguetón!

—¡¿Cómo?! —exclamé—. ¿Vas a dejarle irse así, sin más?

Era injusto, Luis Alberto había llegado el último. ¿Por qué merecía él la libertad más que yo?

—¿Que me vaya? Pero… ¿Por la puerta? ¿Para siempre? —dijo Luis Alberto, señalando el pasillo con sus pulgares.

—¡Te doy dos segundos, tira para la calle o te pego un tiro!

Luis Alberto no desaprovechó la ocasión: dio un par de saltitos, levantó las manos a modo de despedida y sonrió.

Papá Noel cerró los ojos y musitó:

—Dios, qué gusto. Qué silencio…

—¡Pata, mi patinete! —exclamó Luis Alberto. Volvió atrás y se asomó al salón.

Papá Noel le apuntó con la pistola con ambas manos.

—¡Te he dicho que desaparezcas de mi vista! ¡Fuera! ¡Lárgate!

—De verdad, Luis Alberto, qué cansino eres —dijo mi tío—. Coge el patinete ya y llévatelo de una vez, está aparcado en el recibidor.

—Todavía no lo entiendo, Enrique, ¿para qué querías un patinete? ¿No tienes suficiente con dos coches? Tú estás tonto o qué —volvió a encenderse mi tía.

Mi tío hinchó el pecho y meneó la cabeza.

—Lo entenderás a su debido tiempo, Camelia, no es el momento de dar explicaciones. A veces, un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer.

—Pero qué estupidez estás diciendo —dijo mi tía—. Sí, no hay margen de error, tú eres tonto.

Me quedé con el ánimo por los suelos. Luis Alberto, el repartidor de Glovo al que no se le entendía una palabra, ya era libre mientras yo tenía todas las papeletas para ser utilizada como escudo humano. Me pareció increíble, Luis Alberto había sido salvado por el reguetón.

CAPÍTULO 12

—¿Te encuentras bien? No pareces la chica simpática y valiente que conocí esta noche. Deja de preocuparte, ¿vale? Confío en mis compañeros y sé que nos liberarán.

Bajé la cara y sacudí la cabeza.

—No es justo.

—Lo sé.

—No tienen derecho a estropearnos la Navidad así, solo somos una familia corriente que quería juntarse para celebrarla —dije con un nudo en la garganta.

—Bueno, muy corriente, no es.

—Ya, puede que seamos algo singulares. Pero esa es su gracia, supongo. —Me encogí de hombros—. ¿Qué sería de las comidas de Navidad si las familias fueran perfectas? Un aburrimiento, una película navideña de sobremesa.

Abraham lo consideró un instante.

—Sí, puede que tengas razón, en todas las familias hay algún personaje peculiar. Y, si no lo tienes, seguro que eres tú.

—En efecto, así es.

—Choca ese hombro —me pidió.

Sonrió y chocamos nuestros hombros.

Bajé la vista a mis manos atadas con cinta americana y suspiré. Estaba de bajón, no podía mantenerme de buen humor todo el tiempo, después de todo, era víctima de un secuestro.

—¿Cuál es el tuyo? —le pregunté.

—¿El mío?

—Sí. ¿Quién es el personaje singular de tu familia?

Abraham se puso cómodo, bajó la espalda en la silla y apoyó una bota de su uniforme en la pierna contraria.

—No estoy seguro… Puede que mis dos hermanos, son mayores que yo y siguen peleándose por los alfajores. Mi madre todavía les da alguna colleja cuando empiezan a discutir.

—No me extraña, son lo mejor de la Navidad. Eso y los mazapanes.

—Oh, ¿te gustan los mazapanes? —Arqueó las cejas y ladeó la cabeza—. A mí también, soy capaz de matar por ellos, por eso mis hermanos no se atreven a tocarlos.

—¿En serio? Pues tú y yo tendríamos un problema.

—Nada de eso, acabamos de hacer match con los mazapanes, a ti te dejaría que te los comieras. —Volvió a sonreír y arrugó la nariz de esa manera tan simpática.

Hablar de algo trivial me sentó bien, había estado a punto de ponerme a llorar y Abraham me libró de ello. Supe que, de haber tenido las manos libres, me habría dado un achuchón para consolarme, percibí sus ganas de hacerlo.

Lo miré con afecto.

—Gracias —dije.

—¿Gracias otra vez? ¿Por qué?

—Porque no sé qué sería de mí si no estuvieras aquí. Seguramente habría intentado echarme una siesta y mi prima me habría despertado, es comercial de telefonía.

—Nah… Un comercial de telefonía solo te despertaría después de comer, no se arriesgaría a cogerte medio despierta.

—Eso lo dices porque no conoces a mi prima.

Me extrañaba que Dalia todavía no le hubiera ofrecido un paquete con algún regalo de esos que se sacaba de la manga, supuse que, por ser policía, le infundía algo de respeto.

Me la quedé mirando, no conocía a nadie que amara más su trabajo que mi prima Dalia. A veces movía los dedos sobre la barbilla mientras veía la tele, se recolocaba el micrófono de unos auriculares que no existían.

—¡Buenas noches! ¿Os apetece un caldito?

Todos miramos hacia la puerta del salón, sobresaltados. Mercedes, la vecina de la puerta de al lado, acababa de colarse en casa, cargada con una bandeja.

Abraham se puso en pie. No podía hacer nada con las manos inmovilizadas, pero su intención era frenar a Papá Noel.

Afortunadamente, no se estrenó disparando su pistola. Levantó las manos y, exasperado, gritó:

—¡Pero esto qué mierda es! ¡Cómo has entrado tú también!

—¿Cómo va a ser? La puerta no cierra bien —dijo mi madre. Miró a mi padre y le lanzó una mirada que vino a decir: «¿Lo ves? Te lo he dicho muchas de veces».

El hombrecillo se encargó de comprobar que Mercedes no fuera una táctica de distracción de la policía, empuñó su pistola y salió del salón para registrar la casa.

—Vengo a traeros un tentempié, he pensado que tendríais hambre —dijo Mercedes.

—Estos dos no pueden tener hambre. No sabes cómo comen, hija —dijo mi madre.

—¿Sí? Bueno, eso está bien, el pequeñín todavía está en edad de crecer.

El hombrecillo la oyó desde el pasillo.

—¡Oiga, señora, sin faltar! —exclamó.

Mercedes comenzó a repartir boles de caldo a todos los rehenes bajo la incrédula mirada de Papá Noel. Se había quedado, literalmente, con la boca abierta.

Mercedes sonrió con picardía.

—He caído. Creíais que no, ¿eh? Soy previsora, traigo unas pajitas. —Sacó un montón del bolsillo de su bata de invierno floreada y nos metió una a cada uno en la boca.

—No, gracias, estoy de servicio —dijo Abraham cuando llegó su turno.

—Venga, muchacho, tómate un caldito —insistió Mercedes—. Esto es mejor que la viagra, resucita a los muertos.

Abraham sonrió y dijo con amabilidad:

—Se lo agradezco, pero no me apetece en este momento.

Mercedes le dio unas palmaditas en la espalda.

—Bueno, pero no dudes en pedírmelo si te da hambre más tarde, ¿eh? Te lo meto en el microondas en un santiamén. —Se puso los puños en la cintura y nos preguntó—: Qué, está bueno o no. Lleva de todo, es mucho mejor que el que anuncia Arguiñano.

Fui la primera en asentir. La miré con la pajita en la boca y volví a meterla en el bol, sujetándola con los dientes. Pensé que podría haberle echado un puñadito de fideos, pero no me quejé, no quería ser desagradecida.

—¿Qué hacemos con ella, jefe? —dijo el hombrecillo.

—Yo qué sé… —respondió Papá Noel. Se frotó la cabeza, agobiado—. Comprueba que haya cerrado bien la puerta y átale las manos. ¡Déjame, ya lo pensaré!

—Traigo mi propia cuerda, por si se os ha acabado —dijo Mercedes. Sacó un rollo de cordón para atar el asado del bolsillo de su bata floreada y se sentó juntó a mi madre.

CAPÍTULO 13

—Estos no hacen nada, el que va de Papá Noel es sobrino del hermano de Victoria, la de la mercería. Es un trozo de pan, pero el muchacho ha tenido mala suerte en la vida —dijo Mercedes.

—Un trozo de pan con chorizo, será, viene de atracar una joyería —dijo mi madre.

—Bueno, pero estoy segura de que no le haría daño ni a una mosca, su familia es muy buena. Muy trabajadora. —Mercedes miró los platos vacíos, apoyó los brazos sobre la mesa y suspiró.

Mercedes, la vecina de mis padres, se aburría, supongo que no hace falta que lo diga. Era mayor, sus hijos vivían fuera y su marido se acostaba cuando se escondía el sol para levantarse con el canto del gallo. Tenía un despertador con ese sonido de alarma, se oía por el patio de luces y despertaba a todo el vecindario.

—¿Qué hace Antonio? —le preguntó mi madre a Mercedes.

—Qué va a hacer, durmiendo, dentro de unas horas le suena el despertador.

—No sé cómo aguantas el canto del gallo, yo me habría liado a martillazos hace ya muchos años.

—No puedo, Magnolia, se cobra muy poco de viudedad.

Miré a Abraham y le pregunté:

—¿No había policías vigilando en la escalera? Dijiste que estabais por todas partes. No lo entiendo, ¿cómo ha podido entrar?

Levantó las cejas y resopló.

—No lo sé… Iba a preguntárselo, pero he preferido no saberlo.

Me dio un retortijón, y no fue porque el caldo de Mercedes me hubiera sentado mal.

Lo miré con recelo.

—Me estás asustando…

—No te preocupes, ¿me oyes? Puedes estar segura de que no permitiré que te hagan daño. Si es necesario, me pondré delante de ti, llevo un chaleco antibalas.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que Papá Noel es capaz de disparar? —le pregunté, más asustada todavía.

—No… No lo creo.

—¿Estás seguro?

—Nunca ha matado a nadie, no es ese tipo de delincuente, dudo que quiera empezar a hacerlo ahora. —Vio mi cara de escepticismo y añadió—: Escucha, Lila, no es tonto, ¿vale? Sabe que no le conviene.

—¿Me lo juras?

—Sí, por mi madre y por mi padre.

Me quedé algo más tranquila, pero seguía sin convencerme que la casa de mis padres se hubiera convertido en el metro en hora punta. Los rehenes entraban como si pasearan por el Retiro, algunos, como Mercedes, incluso se autosecuestraban.

Miré hacia el balcón para comprobar si los coches de policía seguían abajo y vi que las luces azules de las sirenas todavía se reflejaban en la fachada.

—Oye, Papá Noel —dijo Mercedes—. Mi hijo pequeño iba contigo al colegio. Seguro que lo conoces, se llama Antonio José.

—¿Qué…?

—¡Antonio José, tiene un año menos que tú! Él te recuerda bien, me lo acaba de decir por teléfono.

Supe que éramos la comidilla del barrio, como era normal, dada la situación, los vecinos incluso habían identificado a los secuestradores.

Papá Noel arrugó la frente y levantó el labio, mirándola desde el sillón.

—¿Qué dice, señora? Yo no conozco a ningún Antonio José.

—Cómo que no. —Mercedes dio un golpe en la mesa con las manos y los rulos que llevaba puestos en el pelo le temblaron—. Antonio. ¡Antoñito! De pequeño llevaba gafas y un parche con ventosa en el cristal, tenía un ojo vago.

—Señora, déjeme en paz, no estoy para tonterías.

Mercedes apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Sí, es una pena… —Miró a mi madre y dijo—: Se burlaban de este muchacho, cosas de críos. Pero él lo pasaba mal, claro, estaba gordito y en clase de gimnasia rodaba con facilidad.

Papá Noel dio un respingo y la miró.

—Puede que por eso se haya disfrazado de Papá Noel —continuó Mercedes—. De niño tenía esa misma panza redonda y gorda, pero entonces no era postiza. Muchacho, ¿cómo te llamaban en el colegio? —le preguntó a Papá Noel—. Me lo acaba de decir mi hijo por teléfono, pero ya no me acuerdo. —Bajó la vista a la mesa y meneó un pie mientras hacía memoria.

—¿Gordinflón? —sugirió mi madre.

—No, era otra cosa más moderna.

—¿Tragaldabas? —dijo mi tía.

—Eso muy antiguo, Camelia, casi más viejo que yo. No, era un nombre extranjero…

Me di cuenta de que Papá Noel estaba muy atento a Mercedes, la miraba con expectación, como si temiera que recordara su mote de cuando era niño.

—Déjelo ya, ¿vale? Está equivocándose de persona, yo no conozco de nada al topo pelón de su hijo —dijo con seriedad.

Mercedes dio un respingo.

—Anda, ya recuerdas a mi Antoñito —dijo, sonriente. Se volvió hacia mi madre y le contó—: Le llamaban topo pelón porque cogió piojos en una excursión del colegio y tuve que cortarle el pelo casi al cero, hija. No lo dejé muy bien, qué le vamos a hacer, pero no quedó vivo ni uno de esos puñeteros. Los cogió en el zoo, ¿sabes? En mi casa siempre hemos sido muy limpios, pero el crío metió la cabeza entre unos barrotes y un mono le restregó el culo por la coronilla.

—Oh, qué horror… —se sobrecogió mi prima.

—Sí, Antoñito es así. Siempre le han gustado mucho los animales. Cuando lo llevaba de pequeño a Roblecillo de la Jara se pasaba el día entero en el palomar de mi padre. Se sentaba con las

palomas y les leía cuentos, le tenían tanto cariño que le perseguían volando por todo el pueblo.

Me reí y le pregunté a Abraham:

—¿Te lo puedes imaginar?

—Sí. —Se rio también—. He visto a un niño corriendo por una calle empinada, agitando los brazos sobre la cabeza y a cientos de palomas volando alrededor de él.

—Debía ser un espectáculo, ni en *Los pájaros* de Hitchcock se habrá visto algo igual —bromeé.

De repente, Mercedes dio otro golpe en la mesa.

—Ahora me acuerdo. ¡Milton! Así llamaban en el colegio a este muchacho. Desde luego… Qué mala baba tienen los niños, algunos son muy crueles.

A Papá Noel se le abrieron los ojos de par en par.

—Pues a mí no me parece que sea un mote tan cruel —dijo Dalia.

Mi madre curvó las comisuras de la boca hacia abajo y negó con la cabeza.

—No, a mí tampoco —dijo.

Papá Noel se levantó del sofá de sopetón.

—Sácala ahora mismo de aquí —le ordenó al hombrecillo.

—¿Por qué, jefe? Estaba entretenido escuchándola, los viejos son sabiduría.

—Que la saques fuera te he dicho. ¡Llévatela ya!

—¿Que me la lleve? ¡A dónde! —exclamó el hombrecillo.

—Yo qué sé. ¡A su puñetera casa!

—Milton. ¡Mil toneladas! —exclamó Mercedes—. Ay, hija, no sabía que eras tan corta de entendederas —le dijo a mi madre.

Papá Noel no esperó a que el hombrecillo lo hiciera, agarró a Mercedes del brazo y la levantó de la silla. Mientras se la llevaba por el pasillo medio en volandas, oímos a Mercedes exclamar:

—¡Venga, hijos, cuidaos! ¡Luego os traigo unos churros!

Volví a quedarme a cuadros, otra a la que liberaban antes que a mí.

CAPÍTULO 14

—Qué ganas tengo de fumarme un cigarro —dijo mi madre.

—Yo también, estoy que me subo por las paredes —dijo mi tía.

—Podrían dejarnos dar unas caladitas, eso no afectaría nada al secuestro.

—No, incluso sería beneficioso, estaríamos más tranquilas. Mucho más obedientes.

Mi madre señaló el bolsillo del pantalón verde musgo de mi tía con la barbilla.

—¿No llevas el paquete de tabaco ahí? —le preguntó.

—Sí, pero no tengo fuego, me he dejado el mechero en el lavadero.

—Ah, pero yo sí tengo.

Miraron a Papá Noel y, con disimulo, sacaron el tabaco y encendieron dos cigarros.

Papá Noel ni se enteró, estaba disociado, como si no hubiera nadie más con él en el salón. No paraba de menear el pie que le colgaba del reposabrazos del sillón y tenía los ojos prácticamente fuera de las órbitas, empezaba a darme pavor.

El hombrecillo era todo lo contrario, le estaba dando un sueño terrible, no paraba de bostezar. Estaba sentado de lado en el reposabrazos del sofá con la mejilla apoyada en el pico del respaldo, si acababa durmiéndose, iba a escurrirse hacia atrás y a caer en brazos de Pepinillo.

—Supongo que la niña de la foto eres tú —dijo Abraham.

—Sí. Le he dicho a mi madre que la quite de ahí miles de veces. Pero no hay manera, es así de cabezota.

—¿Por qué quieres que la quite? Eras preciosa, tenías unos ojos negros enormes.

—Ya, tenía ojos de rana.

—Y unos mofletes muy gorditos.

—Sí, era una pelota de playa.

—Me hacen gracia esos ricitos que te empezaban a salir.

—Estaba medio calva.

Echó la cabeza hacia adelante y entornó la mirada.

—¿Qué es lo que tenías en la boca? ¿Es un mordedor para perros?

Lo miré con seriedad.

—Es un currusco de pan, me estaban saliendo los dientes.

Abraham echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

Lo miré con asombro.

—Qué ganas de fiesta tienes, ¿no? ¿Ya no recuerda que somos víctimas de un secuestro, Señor Agente?

—Perdona, no quería reírme de ti —dijo muerto de risa.

—Claro que no, por eso no estás descorchándote.

Hizo una mueca para intentar recuperar la compostura y suspiró.

—Lo siento, solo era una broma. Es que me ha hecho gracia que le pongas tantas pegas a la fotografía cuando es evidente que estás encantadora.

Miré la enorme fotografía que mis padres tenían colgada en el salón de cuando era bebé y, sí, debía reconocer que estaba mona. Me habían puesto un vestido tutú de color rosa y no llevaba calcetines, tenía los pies tan gorditos que se me hacían hoyuelos.

—Vale, no salgo tan mal en esa foto, reconozco que estoy bastante achuchable.

—Eso es lo que estaba diciendo, pero tú, erre que erre, llevándome la contraria. —Sonrió y se me quedó mirando—. Todavía tienes esos ojos negros tan bonitos. No tan grandes, pero tienen un brillo especial. Me gustan, son muy alegres.

—Claro, ahora arréglalo.

Le giré la cara para esconder una sonrisa. Fingí ofenderme, pero me halagó que hablara así de mis ojos. La cosa iba bien

encaminada, volví a visualizarlo comiendo palomitas en mi sofá.

—¿¿Otro?? Pero si acabas de apagar uno —dijo mi madre.

—Hacía mucho rato que no fumaba, Magnolia, estoy secuestrada —replicó mi tía.

—Anda, esta… Y yo. ¿Te piensas que eres la única rehén en este salón?

—La única rehén que tiene tabaco, sí, te iría bien recordarlo.

—Y a ti te iría bien recordar que yo soy la única que tiene mechero.

—Bueno, no vayamos a discutir ahora por esas nimiedades, fúmate otro tú también.

—Vale, ya que estamos…

Mi tía le metió un cigarro en la boca y, mi madre, después de darle una calada, se lo sacó con las dos manos. Con su media melena y ese gesto, me recordó a un Teckel con un hueso entre las patas.

De repente, vi algo moviéndose a unos palmos del suelo por el rabillo del ojo. Parecía el periscopio de un submarino. Giré la cara rápidamente y descubrí que se trataba del rabo de un gato: Rodolfo Valentino, el gato de mis vecinos, se acercaba dando elegantes pasos.

Dio un salto y se subió a la mesa. Rodeó un par de platos y se puso a chupar el de las gambas. Los rehenes sentados a la mesa nos miramos sin saber cómo reaccionar.

—Bájalo —susurró Dalia—. Papá Noel está desquiciado, quién sabe qué puede hacerle cuando lo vea. No quiero que le haga daño.

Miré a Papá Noel y empujé a Rodolfo Valentino con los brazos. Al llegar al borde de la mesa, frenó con las patas traseras y me mordió.

—¡Rodolfo! ¡Eso no se hace, intento salvarte la vida! —le regañé en un susurro—. Coge la cabeza de una gamba y lárgate.

Rodolfo Valentino solía entrar en casa así, como si fuera suya. Saltaba de la ventana del lavadero de sus dueños al nuestro y no era poco habitual que volviera a casa cargado con provisiones. Una vez se llevó una pescadilla, mi madre no lo presenció, pero supo que el

ladrón había sido él porque se dejó un calcetín. No era suyo, claro, pertenecía a su dueño.

—Rodolfo —susurró mi madre—. Escúchame bien, ese hombre de ahí es muy malo, no te conviene estar aquí. Vuelve a casa, no es el verdadero Papá Noel.

—Oh… Un gatito —dijo el hombrecillo. Se levantó del reposabrazos del sillón y comenzó a acariciarlo, incluso restregó su nariz por la nariz de Rodolfo Valentino.

—Siéntate, que no sepa que está aquí —le pidió Abraham.

—¿Por qué? —dijo el hombrecillo—. Solo es un gato, no puede hacernos nada. Mira qué hambre tiene. ¿Quieres un trozo de queso, minino?

Le acercó un trozo de queso a la boca y, después de olisquearlo, Rodolfo Valentino dio una arcada.

—Remy, hazme caso —insistió Abraham—. Está a punto de explotar y va a pagarlo con el gato. Cógelo y sácalo de aquí sin que se dé cuenta.

—¿Se llama Remy?, ¿como la rata de *Ratatouille*? —preguntó mi prima.

Mi madre se echó a reír.

—Toma ya, no podrían haberte puesto un nombre mejor —se burló.

—*Frgansuá*, ¿te *apetese* un *apejguitivo*? —se burló mi tía.

—Eso no es de la película, mamá, es de un anuncio de queso —le informó mi prima.

—*¡Oh là là!* ¿Y qué? *Pejgo* a *Rgemy* le gusta mucho el queso —dijo mi tía.

—Te lo dije o no, sabía que esto iba a pasar —le recordé a Abraham.

El hombrecillo se puso las manos en la cintura.

—Esto ya pasa de castaño oscuro. ¿Es que no sabéis que reírse de los cuerpos no normativos está muy mal hoy en día? —les recriminó.

—¿Y tú?, ¿no sabes que secuestrar a una familia está mucho peor desde siempre? —le soltó mi madre—. Estoy harta de vosotros

dos, ¿te enteras? ¡Hasta el mismísimo higo! ¡Esta es mi casa, rata de alcantarilla, y la comilona que os habéis dado la he pagado yo!

Mi padre la miró, asustado.

—Magnolia… Cálmate.

A Pepinillo, que llevaba siglos callado, también le preocupó que la situación se pudiera torcer.

—Tranquila, *signora*, no levante tanto la voz.

Mi madre se puso en pie y su silla se tambaleó. Furiosa, le dio una patada y la tiró al suelo. Papá Noel, que se había sobresaltado al oírla gritar, se levantó del sillón.

Abraham se inclinó hacia ella sobre la mesa.

—Tranquilícese y siéntese, por favor —le pidió—. Van armados y comienzan a estar muy nerviosos. No tiente a la suerte, puede ponernos a todos en peligro.

Mi madre hizo caso omiso, se mantuvo de pie con los brazos en jarras. Papá Noel la miró de medio lado y se acercó a ella con lentitud.

—Cómo se atreve… —dijo, amenazante—. Quien está hasta las mismísimas pelotas soy yo. ¡Demasiado bien me he portado con su familia! Pero eso ya se acabó, pedazo de desagradecida.

Mi madre hizo una mueca de desprecio y meneó la cabeza con chulería.

—¡Siéntese! —volvió a pedirle Abraham.

Mi madre no obedeció. Al contrario, alzó la barbilla y miró a Papá Noel con altivez.

—Milton. Mil toneladas… Todavía eres ese pobre niño gordo, ¿verdad? Te hiciste delincuente porque estás lleno de odio y culpas al mundo de tu asco de vida. No me das miedo, solo eres un ratero de barrio. Un mequetrefe.

—Mamá… —dije, aterrada.

—¡Ya está bien, Magnolia, esto no es un juego! —se exaltó mi tío.

—Ni esto es el comedor de Soto del Real. ¡Es mi casa! —vociferó mi madre.

—Me cago en… —masculló Papá Noel. Levantó la pistola, cerró un ojo y apuntó a mi madre, decidido a disparar.

Alertado, Abraham se puso en pie.

—No lo hagas… ¡No! —gritó.

Mi madre se agachó de sopetón y Rodolfo Valentino dio un fuerte maullido. Papá Noel reparó en él, giró el revolver en su dirección y disparó.

—Rodolfo, no… —musitó Dalia.

Nos quedamos estáticos, hechos un ovillo. No conocía el sonido de un disparo real y se hizo un silencio tan enorme que resonó en mis oídos, me provocó un pitido interminable.

Sin embargo, la suerte estuvo de parte de Rodolfo Valentino, al oír el grito de Abraham, dio un brinco hacia arriba y la bala le pasó bajo las patas. Salió corriendo en dirección al lavadero con el pelo erizado y volvió a su casa.

No era momento de quejarme, lo sé, mi madre podría haber muerto en cuestión de un segundo. Pero, en cuanto me recuperé del susto, pensé que hasta un gato había sido liberado antes que yo.

CAPÍTULO 15

—¡Tú, imbécil! Díselo, a mí no me creen.

Abraham le lanzó una mirada de odio a Papá Noel, pero obedeció.

—Ha disparado a un gato. Sí, todos seguimos de una pieza… No hay nadie herido, ni siquiera el animal, la bala ha impactado en la pared.

Papá Noel apartó el móvil de la mejilla de Abraham y continuó paseando de un lado a otro mientras discutía acaloradamente con el negociador de la policía.

Mi padre se inclinó hacia adelante en el sofá y miró a mi madre.

—Estarás contenta. Siempre tienes que tener la última palabra, aunque eso signifique que te maten —le reprochó.

—Míralo, el que no ha abierto la boca en toda la noche —replicó ella—. Eres un cagueta, Ernesto. Una gallina sin plumas. Te vas a enterar cuando estos dos se larguen, voy a leerte bien la cartilla.

—Mamá, estás siendo injusta —intervine—. Papá está callado precisamente para protegernos, no podemos decir lo mismo de ti.

No quería ni pensar cómo habría acabado el asunto si Rodolfo Valentino no hubiera entrado en casa. Mi madre debía comprarle diez kilos de pescadillas para agradecerle que aún paseaba por este mundo. No era consciente de la suerte que había tenido, era una kamikaze.

—Claro, como los dos otros espantapájaros que tiene al lado, ¿no? Tu tío y Pepinillo en Conserva. Madre mía, vaya tres patas para un banco.

—¡Tía, no te metas con mi novio! —se quejó Dalia—. Peppino es un buen chico, muy respetuoso y educado. ¿Verdad, cariño?

Pepinillo meneó la cabeza para asentir, pero no levantó la cara ni tampoco sonrió.

Entendí su apatía, ¿quién podía reprocharle que tuviera esa actitud? Pensaba que iba a celebrar la Nochebuena en casa de los tíos de su novia y, por si eso no fuera suficiente suplicio, le habían secuestrado. Aunque debía recordar que ya se había cobrado su venganza, nos había gaseado sin ningún miramiento.

—¿Qué esperas que hagamos, Magnolia? —dijo mi tío—. Van armados y tenemos las manos atadas. ¿Quién crees que somos?, ¿los Vengadores?

—Tú no habrías movido un dedo ni aunque pertenecieras al Equipo A, menuda cogorza traías, guapo —le soltó mi madre.

—¡Oye, Magnolia, contrólate! —exclamó mi tía—. Mi marido no venía… Mi marido… —Bajó la vista a la mesa y se encogió de hombros—. Bueno… —Volvió a levantarla y lo pagó con Abraham—. Y este para qué sirve, ¿eh? Mucho uniforme y mucho gimnasio, pero no es capaz de darles una patada y tirarlos rodando por la escalera.

Sorprendido, Abraham dio un respingo.

—Señora, yo no puedo hacer nada, también soy un rehén.

—¡Sí, eso es! ¡Y ha tenido el valor de cambiarse por Matilda! —le defendí—. Está aquí, jugándose la vida, mientras mi tía abuela estará hartándose de turrón blando.

—Ay, mi tía… Ya no me acordaba de ella —dijo mi madre, angustiada de repente—. ¿Cómo estará, Camelia? ¿Crees que habrá sobrevivido?

—No lo sé, Magnolia, yo también estoy preocupada… A esas edades nunca se sabe, cogen un poco de frío y ya la hemos liado, se van al otro barrio prácticamente sin avisar.

—No os preocupéis, si la tía no… —Me quedé a mitad de la frase—. Es muy fuerte, tiene la genética de Iron Man.

Por primera vez, fui consciente de la enorme faena que Matilda le había hecho a Abraham. Mi tía abuela no sabía que alguien ocuparía su lugar, pero había pasado por su obra y gracia, eso era innegable.

Mi tía asintió con la cabeza y aseveró con firmeza:

—Sí, seguro que se salva, Magnolia.

—Seguro —afirmó mi madre con rotundidad—. ¿Recuerdas cuando se cayó bajando del autobús? Dio una voltereta en el suelo y se puso de pie como Bruce Lee.

—Uy, sí, lo hizo como a una gimnasta profesional.

—En fin… —dijo mi madre—. ¿Cómo puedes decir que tu marido no ha llegado borracho, Camelia? Se ha pasado dos horas durmiendo la mona.

—Eso te lo acabas de inventar, yo no he dicho que no viniera borracho.

—Pero lo has omitido. Con toda la intención.

—¡Solo me he tomado dos cervezas, es Navidad! —se defendió mi tío.

—¡Papá, si venías con la bragueta abierta! —exclamó mi prima.

Me incliné hacia Abraham y le pregunté:

—¿Ves como mi familia es normal? Estas discusiones se crean en todas las casas el día de Nochebuena.

Abraham asintió y se rio.

—¡Quien manda aquí soy yo! —gritó Papá Noel al teléfono—. Me la suda lo que tú quieras. ¡Te olvidas de que la vida de ocho personas dependen de lo que me deis! El coche, los cincuenta mil y un rehén. ¡No os lo repito más!

Resoplé y le pregunté a Abraham:

—¿Crees que esto terminará pronto? No me parece que haya ningún avance.

—Me gustaría decirte que sí, pero no lo sé en realidad. Solo son dos delincuentes de poca monta, deberían conformarse con relativamente poco.

—Uno de ellos ha estado a punto de matar a mi madre —le recordé.

—Solo quería acobardarnos. No la habría matado, estaba apuntándole en el brazo.

Observé a Papá Noel, la chaqueta roja de su disfraz estaba de color granate por la zona de las axilas, estaba empapado en sudor. Tenía las mejillas encendidas y en sus ojos se podía ver que estaba a

punto de cruzar algún punto sin retorno. Había comenzado a ser realmente peligroso, aunque Abraham estuviera convencido de que solo había querido asustarnos, hiriendo a mi madre en el brazo. Deseaba creerle, pero dudaba que Papá Noel fuera a rendirse o a conformarse con cualquier cosa, le estaban regateando como a un vendedor ambulante y me parecía que su ego estaba herido.

—Oh, pensáis que soy tonto… Queréis jugar conmigo, ¿verdad? Pues escúchame bien, os doy una hora, si en ese tiempo no tengo el coche y la pasta, os lanzo un regalito por el balcón. ¡Uy, te has asustado! Claro, es que está muy alto… Es un tercero.

Con los ojos como platos, me giré hacia Abraham.

—No lo estará diciendo en serio…

No contestó, estaba siguiendo a Papá Noel con la mirada, extremadamente serio.

Papá Noel se acercó a mí, ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Qué tal, guapa?

—¿Eh? Pues… Aquí, ya ves.

—¿Tienes vértigo?

El corazón me pasó de ochenta a ochocientos latidos por minuto.

—No digas tonterías —dijo Abraham—. ¿Quieres llevarte el premio gordo?, ¿que te condenen por asesinato? Dale una vuelta, anda, sé que eres más listo que eso.

—Cállate —dijo Papá Noel, y volvió a mirarme—. Tú debes ser la más joven, me harás ganar más respeto.

Me cagué. Supe que Abraham no podría detenerle con las manos inmovilizadas y no sabía qué hacer para proteger mi vida, así que miré a Dalia y exclamé:

—¡Mi prima es dos meses más joven que yo!

—¿¿Qué?? ¡Eres una mentirosa, fuiste sietemesina! —exclamó Dalia.

—¿Y qué? ¡Eso no cuenta, en mi pasaporte pone que yo soy mayor que tú!

—¡Porque te adelantaste, tramposa, nos hicieron el mismo mes!

—¡Eso no tiene nada que ver, yo llegué primero porque ya estaba formada! ¡No como tú, que no aprendiste a andar hasta los dos años!

—¡Traidora!

—¡Traidora tú! ¡Estabas oyendo decir que yo era la más joven y ahí estabas, bien calladita! Cosa muy rara en ti, perdona que te diga, porque serías capaz de venderle una oferta de fibra con televisión a una viuda en un entierro.

Papá Noel levantó las manos y sonrió.

—No os peleéis, puedo lanzaros juntas a las dos.

Abraham se inclinó hacia mí y dijo en mi oído:

—Escucha, no tengas miedo, no va a pasarte absolutamente nada.

—Sí, bueno… Eso ya lo veremos…

—Hazme caso, Lila, luego te diré el porqué.

La seguridad de Abraham empezaba a maravillarme. ¿Cómo podía decir que todo iba a ir bien con tanta certeza? Sospeché que siempre me decía ese tipo de cosas para tranquilizarme, que no se las creía ni él.

Mi madre, que había estado escuchando mi discusión con mi prima, boquiabierta, arrugó la nariz.

—¿A qué huele? —dijo.

Mi tía tosió y agitó su mano delante de la cara.

—¿Otra vez estás fumando? —le preguntó.

—La virgen… ¡Fuego! —gritó el hombrecillo.

Mi madre dio un golpe en la mesa.

—¿Veis? ¡Si lo sabía yo, ya se me han quemado las patas de cordero!

Papá Noel corrió a la cocina. Una gran llamarada salía del horno y se hizo más espectacular aún cuando abrió la puerta para sacar la bandeja. No tenía mucha idea de cómo apagar el fuego y se le notó, la vocación de Papá Noel no era ser bombero.

CAPÍTULO 16

Mi tío, mi padre y Pepinillo estaban sentados en el suelo, junto a la mesa. Estirado, Papá Noel ocupaba el sofá de una punta a la otra. No quería mirarle, era un poco aprensiva.

El hombrecillo apoyó las manos en las piernas y se inclinó sobre él.

—Jefe, tienes que ir al hospital, eso no pinta bien.

—No…

—Deja que pida que suban los de la ambulancia al menos.

—¡Te he dicho que no!

—Pero ¿por qué? Una quemadura tan grande es peligrosa, se puede infectar.

Papá Noel incorporó la cabeza para mirarle de cerca.

—Nadie tiene que saber que estoy herido, ¿lo entiendes? —dijo entre dientes—. No se te ocurra pedir ayuda, haré que me lo miren cuando estemos lejos de aquí.

El hombrecillo tenía razón. Papá Noel necesitaba atención médica, tenía las manos y la nariz achicharradas. Se había quedado sin pestañas y sin la parte frontal del pelo, parecía un bebé de loro despeluchado.

Sería un secuestrador, pero, torpe, también, había sacado la bandeja del horno antes de intentar sofocar las llamas. Se vio tan superado por la situación que no supo cómo reaccionar. Por suerte, el hombrecillo había corrido en su ayuda y había conseguido apagar el fuego. Teníamos el humo agarrado a la garganta y la cocina estaba hecha un asco, pero lo importante era que nos encontrábamos fuera de peligro.

—¿No tienes por ahí una pomada, Magnolia? —dijo mi tía.

Mi madre echó la cabeza hacia atrás.

—¿Me lo preguntas en serio? Ha querido matarme, Camelia.

—Claro, no me extraña… —dijo mi padre desde el suelo.

—Bueno, tu hija también ha querido matar a la mía y no se lo tengo en cuenta —le recordó mi tía.

—¿¿Yo?? Es Dalia quien ha querido salvar su culo a costa de mi vida ¡Es una inconsciente, podría haber muerto!

Me arrepentí de haber dicho eso al instante. Sí, había sido poseída por mi instinto de supervivencia, fue él quien había delatado a mi prima por mí. Pero no podía volver atrás para cambiarlo, lo único que podía hacer era proponerme ser más discreta como propósito de Año Nuevo.

—Mi hija tenía razón, Camelia. Tu hija es dos meses más joven que ella, eso es así.

—¿Y qué necesidad tenía Papá Noel de saberlo, eh? —le recriminó mi tía.

Mi madre se encogió de hombros.

—Hombre, iba a matarla —dijo.

Dalia, que estaba quedándose dormida con la mejilla apoyada en la mesa, bostezó.

—No os peleéis… Yo habría hecho lo mismo que Lila.

¿En serio? ¿Tan egoísta era? ¿No le habría importado delatarme de esa manera tan sucia?

Rápidamente, eliminé mi propósito de Año Nuevo con una goma de borrar imaginaria bien gorda, froté tan fuerte el papel con ella que lo desgasté.

Mi madre observó a Papá Noel y resopló.

—Creo que hay pomada para las quemaduras en el botiquín. No le hará gran cosa, tiene las manos como dos bistecs de ternera, pero puede que sienta algo de alivio.

Abraham se inclinó hacia ella.

—¿Tiene vendas? —le preguntó en un susurro.

—Supongo. ¿Por qué?

—No pregunte, solo ofrézcaselas.

Mi tía llamó al hombrecillo.

—¡Eh, Ratatouille! No es que tu socio merezca nuestra compasión, pero hay pomada para las quemaduras y vendas en el botiquín del cuarto de baño.

El hombrecillo salió del salón, mirándonos con recelo. No se fiaba de nosotros, habían sufrido una baja y ninguno teníamos los pies atados. Si salíamos corriendo a la vez, iban a faltarle manos para dispararnos a todos. Yo no pensaba hacerlo, desde luego, con la suerte que estaba teniendo, seguro que era la primera en cascar.

—¿Pasa algo? —le pregunté a Abraham—. Te noto serio desde que se ha incendiado el horno.

Llevaba un buen rato en silencio, se limitaba a mirar a los secuestradores con atención, observaba cada uno de sus movimientos. Estaba ausente, ya no era el chico cercano con el que había estado charlando desde que se unió a nosotros, volvía a ser el policía imperturbable que conocí desde la ventana de mi antigua habitación.

—No podemos dejar pasar esta oportunidad.

Di un respingo hacia atrás.

—¿A qué te refieres? El pequeñajo también va armado —dije.

El hombrecillo volvió con la pomada. Pero debió pasar antes por la cocina, también volvió con más queso.

—Cómo te aprovechas, ¿eh, sabandija? Te vas a enterar cuando me suelte las manos —le amenazó mi madre.

El hombrecillo le dedicó una mueca burlona y se inclinó sobre Papá Noel.

Le cubrió la nariz y las dos manos al completo con la pomada, las quemaduras eran tan grandes que dejó el tubo vacío. En el estado que tenía las manos, incluso habría dicho que se había quedado corto. Se las vendó y Papá Noel permaneció tumbado, con cara de dolor.

—Eh, Remy —lo llamó Abraham.

El hombrecillo le hizo un gesto con la cabeza, haciéndole saber que le escuchaba desde donde se encontraba, junto a Papá Noel.

—Ven un momento, quiero ayudarte.

El hombrecillo se acercó a él y lo miró con desconfianza.

—Qué quieres…

—Tienes que entregarte, Remy. No lo retrases más.

El hombrecillo se sorprendió.

—¿Eh…? ¿Tú estás loco? No pienso entrar en la cárcel otra vez, no he llegado hasta aquí para que me encierren en ese agujero.

Papá Noel se removió en el sofá y gimió, le costaba soportar el dolor. No sentía ningún cariño por él, pero tampoco me gustaba ver a nadie sufrir.

—Remy, no seas tonto —dijo Abraham—. Piénsalo, sabes perfectamente que él te dejaría tirado a la primera de cambio. Te traicionaría sin dudarlo, no rechazaría una rebaja de condena si estuviera acorralado.

—De qué estás hablando, no estoy acorralado. Ahora soy yo quien maneja la operación. —Abrió sus piernecillas, levantó su pistola con las dos manos y apuntó a Abraham.

No infundía nada de respeto. Me sabía mal, lo sentía por él. Empuñaba un arma, sí, pero medía metro y medio —si es que llegaba—, iba disfrazado de elfo y se le habían emborronado las pecas que se había pintado con delineador. El maquillaje debía ser de un bazar chino.

—Yo estoy de acuerdo con el agente de la ley —dijo mi tía—. Tu jefe sería capaz de tirarte por un campanario si así pudiera salvarse, como se hacía antes con la cabra.

—Sí, anda que ese iba a comerse un montón de años de cárcel si fueras tú el que estuviera como un pincho moruno, tirado en el sofá —dijo mi madre.

El hombrecillo nos miró algo nervioso, pero no bajó la pistola.

—¡Remy! —lo llamó Papá Noel.

El hombrecillo se giró hacia atrás.

—Ya voy, jefe. —Volvió a mirarnos—. Que nadie se mueva, ¿me oís? Os estaré vigilando. —Dio un pequeño brinco y corrió a la llamada de Papá Noel.

Abraham se inclinó sobre la mesa y susurró:

—Seguid por ahí. Hay que conseguir que se entregue como sea, el otro no puede disparar con las manos vendadas.

Lo miré con renovada admiración. Me pareció supersexi en ese momento, además de tener templanza y unos ojos bonitos, sabía

utilizar el coco. Había conseguido que Papá Noel tuviera los dedos inmovilizados, sus manos parecían las de una momia. Eran dos pelotas deformes, envueltas en vendas.

—Remy —volvió a llamarlo Abraham.

El hombrecillo puso los ojos en blanco.

—Qué.

—No vas a pasar tanto tiempo encerrado, sabes que será así si colaboras.

—Déjame en paz, soy insobornable.

—No es un soborno, estoy haciéndote un regalo. Ya has visto que mis compañeros no están dispuestos a hacer demasiadas concesiones, lo que te propongo tiene mucho más valor que lo que pedís.

Miré a mi madre y a mi tía y asentí.

—Estoy de acuerdo, ¿vosotras no? El dinero se acaba. Y luego, ¿qué? Otra vez a atracar. Toda la vida huyendo. Sinceramente, yo preferiría pasar una estancia corta en la cárcel y empezar una nueva vida al salir. —Me miré las uñas para disimular.

—Allí no se está tan mal, tienen biblioteca, sala de teatro, piscina… —dijo mi tía—. Ya quisiera yo pasar un tiempo en un resort así. Ni en los del Caribe, vamos…

El hombrecillo ladeó el labio y meneó la cabeza.

—No es para tanto, créame, se come fatal —dijo.

—Pero siempre habrá alguien que pueda llevarte queso, pequeño ratón —contesté—. A mí no me parece tan mal plan.

—Y piensa que luego, cling, cling, cling, a cobrar cada mes al salir —dijo mi madre—. No, si… Menuda injusticia, la gente honrada rompiéndose los cuernos para poder comer y esta gentuza viviendo a la sopa boba. —Se giró hacia mi tía, enfadada, y le comentó—: ¿Sabes que a Mercedes le quitaron la vesícula hace unos meses y le hacían pagar por ver la tele en el hospital? Pues a estos rateros ni eso. ¡Hala, viva la madre superiora! No me digas tú que eso es normal.

—Qué va a ser normal —replicó mi tía—. Yo los pondría a picar piedra hasta que cumplieran toda la condena. ¡Ahí, a trabajar de sol

a sol para ganarse las habichuelas! ¡Como está mandado! Qué es eso de que encima los tengamos que mantener.

—¿A picar piedra nada más? —dijo mi madre—. Me cago en…

Abraham abrió mucho los ojos y carraspeó.

Miró al hombrecillo y dijo:

—Acepta, Remy. Tal como está, no vais a poder llegar demasiado lejos. Sabes que os acabaremos cazando tarde o temprano, irás a la cárcel de todas formas.

El hombrecillo miró a Abraham a los ojos y respondió:

—No, no voy a traicionarle. Siempre se ha portado como un amigo conmigo, y ahora me necesita. Puede que me acabéis engrilletando, pero seré detenido con honor.

—No es tu amigo, Remy, si lo fuera, no te habría metido en este follón tan espantoso. Estarías celebrando la Nochebuena con tu madre en este momento, sabes que ya es mayor —dijo Abraham.

Mi madre bajó la vista al mantel.

—Es una pena… —dijo—. Pienso en esa señora y se me encoje el corazón, quién sabe si estará entre nosotros la próxima Navidad. La pobre estará preguntándose por qué su hijito no ha ido a cenar.

Por fin, nuestra turra comenzó a hacer efecto. Al hombrecillo se le pusieron los ojos vidriosos, se conmovió.

—No nombréis a mi madre, ella no tiene nada que ver en esto.

—Sí que lo tiene, Remy, estará preguntándose qué es lo que ha hecho tan mal para que malgastes tu vida así —dijo Abraham.

Al hombrecillo le tembló la barbilla.

—¡Remy, qué está pasando ahí! —gritó Papá Noel.

—Nada, jefe… ¡Les estoy haciendo saber quién manda!

—Quítale la pistola y desátame —le susurró Abraham.

—Te protegeremos, Remy. Serás uno más de nosotros si nos ayudas, te lo prometemos —intervino mi tío desde el suelo.

—No dejaremos que te haga daño, serás de los nuestros —dijo mi padre.

Miramos al hombrecillo, expectantes, con la esperanza de que hubiéramos conseguido convencerle. No lo teníamos demasiado claro, volvió a empuñar la pistola con las dos manos y a apuntarnos con ella.

—¡Remy! ¿Es que eres idiota? ¡Ven aquí! —gritó Papá Noel.

Abraham apretó los labios y meneó la cabeza, mostrando desacuerdo.

—¿Te das cuenta? No es tu amigo, Remy, un amigo nunca te hablaría así —dijo.

El hombrecillo bajó la vista al suelo.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó a Abraham.

—El mínimo que sea posible, tienes mi palabra.

Finalmente, el hombrecillo asintió y acudió a la llamada de Papá Noel.

Mi familia al completo sonrió, sentimos un alivio inmenso. Aquella noche tan horrible llegaba a su fin. ¡Sí, el secuestro estaba a punto de acabar!

—Pedazo de rata… ¡¿Crees que soy gilipollas?!

Papá Noel tenía al hombrecillo atrapado por el cuello con un brazo y con el otro le había inmovilizado la mano de la pistola, su flacucho brazo estaba doblado hacia atrás. A pesar de tener las manos vendadas, Papá Noel era mucho más fuerte y corpulento que él.

—¡Mete tu pistola en el bolsillo de mi chaqueta! —le ordenó.

El hombrecillo obedeció y una sensación tremenda de desesperanza inundó el salón.

CAPÍTULO 17

Tenía la cara girada hacia la pared, Papá Noel estaba desenrollándose las vendas y no quería verle las manos, me daba mucha grima. El hombrecillo le había ayudado a soltárselas antes de que lo encerrara en el balcón. Parecía un Yorkshire al que habían castigado por hacerse pipí en la alfombra del salón, daba saltos con los brazos en alto. Golpeaba con los puños en el cristal para que Papá Noel le abriera, pero era completamente ignorado por él. Nuestro plan no había tenido el resultado esperado, habíamos estado a punto de completarlo con éxito, pero volvíamos al punto de partida.

—Te crees muy listo, ¿eh…? —Papá Noel levantó la pierna y estampó la suela de su bota con fuerza en el estómago de Abraham.

Abraham se dobló hacia adelante, pero no replicó, soltó un gemido y volvió a ponerse derecho.

Se rio suavemente y dijo:

—De verdad… Pero ¿tú te has visto? ¿Dónde crees que vas a ir así? Ni siquiera puedes sostener la pistola.

—Cállate —replicó Papá Noel.

Hacía muecas como si la pistola le quemara en las manos, debían dolerle una barbaridad, pero era evidente que no estaba dispuesto a rendirse.

Empujó la mesa de centro con el pie para bloquear la entrada del salón y se sentó en ella.

—¿Crees que soy tan blandengue como tú? —le preguntó a Abraham.

Empuñó su arma con una mano y sostuvo el teléfono con la otra. Hizo gestos de dolor, pero aguantó con fortaleza.

De repente, alguien me tocó la pierna con insistencia. Miré a mi madre, que estaba sentada a ese lado, pero no me devolvió la mirada. No parecía haber sido ella.

—Pssst —me llamó Pepinillo desde el suelo.

—Parece que se os ha parado el reloj… ¿No quedó suficientemente claro? ¡Ya ha pasado una hora! —gritó Papá Noel al teléfono.

—Dile a Dalia que coja el trofeo que tiene al lado y que se lo pase a las demás para que llegue a mí —me susurró Pepinillo.

Meneé la cabeza, aturdida. No entendí para qué quería el trofeo de una carrera de sacos que me dieron cuando era niña. ¿Pensaba atacar a Papá Noel con él? ¿Cómo iba a hacerlo? Tenía las manos atadas, igual que el resto de nosotros.

Porque Pepinillo tenía las manos atadas, ¿verdad…?

—Madre mía. ¿Cómo lo has hecho? —me sorprendí.

—Chissst. ¡*Andiamo*, Lila, hazlo!

Me costó reaccionar, me puse a pensar cómo había logrado despegarse la cinta americana, el adhesivo era extrafuerte. Me asombró su habilidad y su discreción. Debía haber estado entretenido con eso toda la noche, tirando de alguna punta levantada en secreto. Había empleado su tiempo y su silencio en hacer algo de utilidad mientras el resto de nosotros lo habíamos perdido diciendo estupideces, eso era evidente. Pepinillo era mi nuevo héroe. De hecho, ya no era Pepinillo, iba a comenzar a llamarle Pepinazo.

—¿Crees que voy a deshacerme de mi colega? No, no está en el balcón por eso… ¡Voy a tirar a la chica!

Me incliné sobre la mesa de inmediato.

—Dalia, no preguntes, solo coge el trofeo que está junto a la tele y pásaselo a tu madre —susurré con urgencia—. Tía, tú pásaselo a mi madre. Mamá, pásaselo a Pepinazo.

—¿Pepi qué? —preguntó mi madre.

Abraham frunció el ceño, confundido.

—Pepinazo ha conseguido desatarse —le conté.

Miró a Pepinazo y él levantó las manos con disimulo.

—No, no es seguro —se opuso Abraham—. Dile que no lo haga, por favor, podría fallar y él le dispararía.

—Tenemos que hacer algo, no puedo permitir que mate a mi hija —dijo mi madre.

Mi trofeo de la carrera de sacos ya estaba en manos de mi tía, Dalia se había movido de lado, medio en cuclillas, y había conseguido cogerlo. En ese momento, mi tía estaba pasándole el trofeo a mi madre por debajo de la mesa.

—Parad, no lo hagáis —insistió Abraham—. Antes les ha puesto sobre aviso con Lila, mis compañeros habrán colocado un colchón de rescate abajo.

—Oh, por eso dijiste que no me…

No pude terminar la frase, a mi madre, que ya estaba pasándole el trofeo a Pepinazo, se le resbaló de las manos.

Alertado, Papá Noel nos miró. Mi trofeo, que en realidad era de lata de la que cagó la gata, rebotó en el suelo y formó un escándalo tremendo.

—Qué coño estáis haciendo —dijo Papá Noel.

Pepinazo juntó las manos y las ocultó ligeramente bajo su jersey.

—¡Se acabó! —gritó Papá Noel.

Se levantó de la mesa, me agarró del brazo con rabia y me arrastró hasta la puerta del balcón. Me dio una grima terrible, tenía las manos en carne viva y le habían salido ampollas. Vi a Pepinazo reflejado en el cristal. Y Papá Noel también, pero no le dio tiempo de reaccionar…

Pepinazo le estampó una silla en la cabeza con fuerza.

La mano de Papá Noel soltó mi brazo. Cayó hacia adelante, inconsciente, y se golpeó la cara con el cristal.

—¡Date prisa, quítale las armas y desátame! —gritó Abraham.

Pepinazo, como si fuera el experimentado policía de una película de acción, siguió las indicaciones de Abraham al dedillo y con extrema rapidez.

—Ahora sí. ¡Ahora sí! —exclamó mi tía, feliz.

Nos levantamos de un brinco y comenzamos a saltar de felicidad. A mi padre le botó la barriga como si fuera otro rehén más.

Abraham ató las muñecas de Papá Noel fuertemente con la cinta de la cortina y, sin demorarse un segundo, corrió a la escalera para llamar a sus compañeros. Casi al instante, el salón estaba tan lleno de policías que no cabíamos en él.

Sentí un gusto tan enorme cuando Pepinazo me cortó la cinta americana con las tijeras del pescado que casi me pongo a llorar. De hecho, me emocioné tanto que hice algo estúpido e impulsivo.

Abraham se acercó a mí con una gran sonrisa.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamé, contenta.

—Sí, formamos un gran equipo.

Le miré a los ojos y, sin pensármelo dos veces, le planté un morreo de película.

Cuando separé mis labios de los suyos, vi que estaba perplejo.

Uno de sus compañeros se quedó tan asombrado como él.

—Eh, Abraham…

Entendí que me había sobrepasado, los dos estaban serios y sorprendidos. No supe bien por qué actué así. Probablemente, porque, sin darme cuenta, mientas charlaba con Abraham a lo largo de la noche, me fui montando una película espectacular. Creí que yo también le atraía, pero era evidente que lo único que había pretendido era distraerme para que no pensara en lo que estaba ocurriendo.

Visiblemente incómodo, dijo:

—Nos vemos, debo unirme a mis compañeros…

Asentí con la cabeza. Abraham sonrió medio segundo y se marchó.

Los de la ambulancia subieron a Papá Noel a una camilla y se lo llevaron, seguía inconsciente. Un policía abrió el balcón para atrapar al hombrecillo y él, al verse acorralado, se encaramó a la barandilla.

—¡Alto ahí! ¡No te acerques o me tiro! —le amenazó con su voz nasal.

—Venga ya… —dijo el policía.

—¡Lo digo muy en serio!

El policía puso los ojos en blanco.

—Vale… Ya te recogerán abajo —contestó con apatía.

Hasta entonces, el hombrecillo no se había dado cuenta de que habían colocado una cama inflable bajo el balcón. Supuse que creyó que si se tiraba tendría alguna posibilidad de escapar al llegar a la calle, porque no se lo pensó, dio un salto al vacío.

A mi madre le sentó fatal que el hombrecillo intentara fugarse. En cuestión de un segundo, le subieron los colores y se puso a sudar. Corrió a la cocina y volvió asiendo una pata de cordero.

—¡Te olvidas esto, sabandija! ¡Cómetelo, que no has cenado apenas y te habrás quedado con hambre!

Me asomé al balcón con ella y vi la pata de cordero churruscada dando vueltas en el aire. Se estampó en la cara de un policía y perdió el equilibrio, se cayó hacia atrás. El hombrecillo intentó echar a correr después de aterrizar sobre la cama inflable, pero otro policía lo atrapó por un pie y cayó de boca.

Mi madre se limpió las manos en el pantalón y dijo:

—A tomar por culo.

CAPÍTULO 18

¿Que cómo es la vida después de un secuestro? Pues no lo sé, la verdad, yo solo puedo hablar por mí. En mi caso, mi vida no cambió nada, continué con mi rutina de siempre. El día después de Navidad, fui a trabajar, como cada día. La calefacción de la taquilla siguió sin funcionar, como cada día desde que comenzó el invierno. Un montón de niños abrigados y felices visitaron el museo, como cada año en esas fechas. Y las fiestas navideñas continuaron, las calles siguieron adornadas, el mundo no se paró.

Bueno, sí que hubo una novedad, mi madre me regaló un pequeño calefactor y lo estaba estrenando en el trabajo.

—Anda, qué calentita estás ahí, ¿eh?

Apreté los dientes y miré a Amparo, la vigilante de seguridad, de reojo. Venía de comprarse un café para llevar y se disponía a adentrarse en el paraíso de los veinticuatro grados centígrados del museo. La diferencia de temperatura entre la taquilla y su zona de trabajo era considerable. Yo estaba sentada prácticamente en la calle, en la entrada, y ella permanecía de pie, bien a gusto, tras la puerta automática de cristal.

—¿Tienes una estufa? —Se acercó a la taquilla—. Me ha parecido que…

Cerré la ventanilla para que captara mi mensaje no tan subliminal.

—Oh, lo siento… —dijo con su voz amortiguada por el cristal—. Ya no recordaba lo que te ha pasado, imagino que debes sentirte fatal. Debes estar sufriendo estrés postraumático.

Asentí con una sonrisa impostada y Amparo levantó la mano para decirme adiós.

Me quedé pensando en lo que acababa de decir. Me pareció una idea estupenda utilizar mi secuestro como excusa para comportarme como me apeteciera. Podía sacar algo positivo de lo que me había pasado, no era cuestión de haber sufrido en vano. ¿Quién iba a culparme por ser sincera y antisocial aquellos días? Nadie, eso habría sido de no tener una pizca de humanidad.

—Dos entradas. —Una señora con chaquetón de piel, bolso caro y un cardado descomunal apoyó su bolso en el poyete de la taquilla.

—¿Tres? —le pregunté.

—Tres no, dos —me corrigió quien debía ser su marido.

El tufillo a clasismo de la pareja me disgustó. Es más, me cayeron fatal.

—Lo siento, pero el conejo de Angora que está intentando colarse de extranjis, escondido entre el pelo de su señora, también paga.

Las dos cejas peludas del señor se juntaron sobre sus ojos.

—¿¿Disculpa??

—¡Oh, perdón! ¡Lo siento! —Me puse la mano en la frente y sacudí la cabeza—. No me lo tome en cuenta, señor, acabo de ser víctima de un secuestro.

La pareja cogió sus entradas, mirándome con recelo, y cruzó la puerta automática.

Corrí la ventanilla de cristal y me encogí de hombros, no me pareció que se hubieran compadecido tanto de mí. Mi experimento no había tenido el resultado que esperaba, supuse que el chantaje emocional solo iba a funcionarme con Amparo.

Me agaché en la silla y abrí las manos frente al calefactor. Las tenía heladas. Debía buscar una solución complementaria, iba a tener que trabajar con guantes. Ya lo había hecho alguna vez, pero me resultaban incómodos, se me enganchaban los clips y las grapas cada vez que metía la mano en el cajón.

—Una entrada para ver a Andresito, por favor.

—Un segundo, me pilla haciendo respiraciones para relajarme. He sido víctima de un secuestro, ¿sabe?

Mordí la palmera de chocolate que tenía en el escritorio y me quedé con ella entre los dientes, tuve un flashback.

—¿En serio? Eso suena interesante, me encantaría oír la historia.

Me puse derecha lentamente. Aunque no del todo, solo asomé los ojos y la nariz.

—Ehhh… Hola.

—Qué tal. —Abraham sonrió.

Estaba distinto, iba vestido de calle. Pero seguía teniendo esos ojos verdes tan bonitos y su pose firme y segura. Me pareció que estaba interesante con su abrigo largo azul marino y su bufanda, le daban un toque de clase.

—Qué sorpresa —me alegré.

Me puse derecha en la silla, salí de mi escondite por completo.

—He venido a conocer al famoso megalodón. Con un nombre así, no he podido dejar de preguntarme qué aspecto debe tener. —Se rio y bajó la vista a sus manos para quitarse los guantes.

—Te picó la curiosidad, ¿eh? En esta empresa no me merecen, no conocen el gran valor de la joya que tienen.

—Sí, estoy de acuerdo, eres la mejor taquillera que he conocido. La Rafa Nadal de las taquilleras de museos de animales extintos.

—Así es, no hay otra igual que yo.

Me reí con él y suspiré. No había parado de rumiar algo desde Nochebuena, tenía una espina clavada y quería aprovechar la ocasión, era mi oportunidad para sacármela.

—Yo… Lo siento. Me gustaría pedirte perdón.

Abraham me miró con la cabeza ladeada.

—Es que… La otra noche, cuando celebrábamos nuestra liberación. Ya sabes… Hice algo que no estuvo demasiado bien. —Le giré la cara y me rasqué la nuca.

—No tienes que disculparte.

—¿No? Pues yo creo que sí.

—No, en serio. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué? No estuvo tan mal.

—Oh, ¿sí…? —Lo miré de reojo—. Vaya, me pareció que te había molestado.

—No, tranquila. Siento haberte dejado con esa sensación, no me lo esperaba y supongo que no era el momento más oportuno ni el lugar más discreto. Mis compañeros se quedaron fascinados. —Se rio al recordarlo.

—Ya, me lo imagino, puede que haya visto demasiadas comedias románticas. —Me sentí liberada al saber que mi atrevido arrebato de felicidad no le había sentado tan mal. De hecho, me pareció que no le daba importancia alguna—. ¿Qué te han dicho? Supongo que no habrán parado de meterse contigo.

—Bueno, un poco. Me llaman Rodolfo Langostino, en parte por mi irresistible atracción para las rehenes y en parte por haber salvado la vida de ese gato.

—No deberías adjudicarte lo de Rodolfo, eso fue pura casualidad.

—Sí, puede ser.

—Además, el premio al héroe de la noche ya se lo hemos entregado a Pepinazo. Llegas tarde —bromeé.

—No puedo estar más de acuerdo con la decisión, ese chico tiene mucha maña despegando cinta americana.

—Desde luego, pareció que lo trajera ensayado de casa —dije.

—No sabemos mucho de él, a saber a qué se dedicaba en Italia.

Nos reímos y se hizo un silencio. Fue extraño, aunque en el buen sentido. Podríamos haber continuado charlando sobre nuestro secuestro durante horas si hubiéramos querido, era un tema inagotable de conversación. Pero me pareció que eso no le interesaba demasiado, no era lo que le había llevado hasta el museo.

—¿A ver? Acércate.

—¿Por qué? —Abraham bajó la cara hasta la ventanilla.

—Te dio un buen codazo. —Saqué la mano y le acaricié el moretón del pómulo.

—No es nada, pronto desaparecerá.

—Ya, lo de Nochebuena ya es historia.

—Bueno, quizá no tanto, todavía puede tener algún capítulo más. —Sonrió y arrugó la nariz.

—Sí, nunca se sabe.

Abraham volvió a sonreír y asintió con la cabeza.

—Bien, tengo que irme —dijo.

—Claro.

—Quizá nos veamos pronto.

Asentí con una sonrisa.

—Sí, cuando quieras.

—Cuídate. Y que tengas una buena entrada de año —me deseó.

—Tú también.

Levantó la mano a modo de despedida y se puso en marcha.

—¡Oh, la entrada! —exclamé.

Abraham se giró hacia atrás con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

—¿No querías ver a Andresito? La puerta es por ahí. —Se la señalé con el pulgar.

Hizo una mueca simpática y negó con la cabeza.

—Nah… Lo he pensado mejor, me daré un paseo por aquí otro día.

—Bueno… Vale, como quieras.

Fue entonces cuando supe que no solo no había ido a charlar conmigo sobre el secuestro, tampoco le interesaba nada nuestro megalodón.

Bajó el escalón de la entrada y, de repente, dio media vuelta. Me levanté de la silla de sopetón. Abrí la puerta de la taquilla con tanto ímpetu que golpeó la pared. Ilusionada, me lancé a sus brazos. Amparo, la vigilante de seguridad, nos miró a través del cristal con la boca abierta. Pero me dio exactamente igual, dejé que se pusiera verde de envidia presenciando nuestro largo y apasionado beso.

—¿Qué haces después?

—¿Después? Nada importante —dijo Abraham.

—¿Te apetece que veamos un documental de asesinos juntos?

Se rio y fingió que el plan le parecía maravilloso.

—Oh, sí, me encantaría… ¿En tu casa o en la mía?

—En la mía, tengo unos cojines en el sofá que hacen juego con tus ojos.

CAPÍTULO 19

—¿Has visto qué bonitos son, Magnolia? —Mi tía tiró del lóbulo de su oreja para que mi madre pudiera ver bien sus pendientes de esmeraldas.

—Son preciosos, Camelia. En eso mismo me he fijado al entrar, lo primero que he visto han sido tus pendientes.

—Me los regaló Enrique el día de Navidad —dijo mi tía, orgullosa—. El pobre casi se mata con el patinete eléctrico para poder llegar a tiempo a la joyería. Por eso se lo cogió prestado a Luis Alberto, ¿sabes?

No entendía cómo mi tío Enrique había conseguido convencer a mi tía de que aquella noche había hecho casi una proeza. O quizá estaba fingiendo que se lo creía. Mi tía ponía a mi tío de vuelta y media, pero le sentaba mal que mi madre lo criticara, aunque estuviera diciendo de él exactamente lo mismo que ella.

—Le cerraban la joyería porque estaba bebiendo cerveza en el bar, Camelia, me lo estás vendiendo como si hubiera salvado al soldado Ryan.

Aprovechando que mi tío podía oírme desde el salón, metí un poco de cizaña.

—Sí. Además, el patinete lo había robado. Y llegó borracho, tía.

Mi tío asomó la cabeza desde el salón y exclamó:

—¡No lo robé! ¡Se lo pedí, le dije que era una emergencia!

—¡Ah, pero no niegas que estabas borracho!, ¡¿eh?! —Me dio tos, había estado contándole a Matilda la parte del secuestro que se perdió y tuve que gritar tanto para que me oyera que tenía la garganta irritada.

Mi tío levantó el brazo y me hizo una peineta.

No quería ni pensar qué haría conmigo el día que tuviera la oportunidad de devolvérmela, seguro que ya lo estaba planeando.

—No sabes el dineral que me costó el solomillo que vas a comerte, Magnolia. Me quedé tiesa, he estado a punto de dejar los pendientes empeñados en la frutería para poder llevarme las uvas.

—No me hables de la carnicería, cada vez que pienso en las patas de cordero tan caras que se me quemaron me da una subida de leche —dijo mi madre.

No lo había podido superar. Quizá era pronto para eso, solo había pasado una semana desde que nos secuestraron. Pero veía a mi madre fatal, se quedaba mirando el horno y los ojos se le humedecían, lloraba por las patas de cordero churruscadas.

—¿Voy llevando algo a la mesa? —preguntó Matilda.

—¡No, tú siéntate tranquila, tía, lo haremos los demás! —respondió mi tía Camelia.

—¡¿Queee?!

—¡Que lo haremos nosotros, sal de la cocina y siéntate! —le grité.

—¿Que viene a cenar la vecina? —me preguntó.

Le puse la mano en el hombro.

—¡Sí, eso mismo he dicho! —Me dio tos otra vez.

Mi madre la miró con compasión.

—Pobre mujer, cada día oye peor… Antes me ha llegado un WhatsApp y ha corrido a abrir la puerta del microondas, pensaba que se habían acabado de descongelar los guisantes.

—Yo tengo la garganta fatal de hablar con ella, mamá, me estoy quedando afónica. No lo entiendo, ¿por qué no se pone un audífono?

Matilda me oyó y replicó:

—Y una mierda pa’ ti.

Mi tía Camelia puso una mano en la espalda de mi madre y otra en la mía para formar un corrillo.

—Padece sordera geriátrica selectiva —nos comentó—. Es muy común en los ancianos, da la casualidad que solo oyen lo que no deben.

Como cada año, íbamos a celebrar la Nochevieja en casa de mis tíos. Y esa noche no iba a volver a pasarme como en Nochebuena, me había puesto un vestido entallado verde botella y unas botas negras de tacón.

—¡Dios mío, han llamado a la puerta! —exclamé. Me puse las manos sobre la boca como si estuviera muerta de miedo.

El timbre de abajo acababa de sonar. Mi tío abrió y, la mar de feliz, corrí por el pasillo al encuentro de Abraham.

Puso sus manos en mi cintura y nos dimos un beso.

—¿Todo en orden? Si estás secuestrada, hazme una señal —bromeó.

—De momento, no. Pero será mejor que le dé una vuelta a la llave, no queremos que se nos cuele alguien más, tenemos las uvas contadas.

Entramos en el salón y, nada más verle, mi padre exclamó:

—¡Hombre, Abraham! ¡Ponte cómodo, siéntate! —Se levantó para ofrecerle su silla.

—No lo hagas —le susurré a Abraham—. Es una trampa, tiene a mi prima sentada al lado y quiere encasquetártela.

Por suerte para él, mi tía Camelia entró en el salón, cargada con una bandeja de embutido. La dejó sobre la mesa y le dijo a mi padre:

—Abraham va ahí, Ernesto, se sienta junto a Lila.

Mi padre resopló y volvió a sentarse.

El ambiente era muy distinto al de la cena de Nochebuena, todos estábamos contentos y nos lanzamos a comer. La reunión era festiva y agradable, todo lo normal que podía ser con mi familia.

—¿Tú eres el policía que se cambió por mí? —le preguntó Matilda a Abraham.

—Sí, yo mismo. —Abraham sonrió.

Asentí con la cabeza para que Matilda entendiera su respuesta, no quería volver a gritar. Tenía las cuerdas vocales como las cuerdas de una guitarra desafinada.

—Me supo tan mal, chico… —Matilda suspiró—. Pensé mucho en ti cuando me bajé de la camilla en el ascensor.

Abraham me miró, confundido.

—Ah, no lo sabías. —Sonreí, incómoda—. Mi tía abuela es muy espabilada, ha hecho un curso de seguridad digital.

—¿Cómo está el policía al que noqueé con la pata de cordero? —le preguntó mi madre. Se puso las manos sobre el pecho, mortificada—. Cuánto lo siento, de verdad… No sé qué me dio, fue muy impropio de mí.

Mi padre puso los ojos en blanco, sabía tan bien como yo que, precisamente, eso era bastante característico de ella. Había sido testigo de cómo peleaba con uñas y dientes por una camisa unas rebajas.

—No se preocupe, se encuentra bien —dijo Abraham—. Además, antes le dio una patada a Lila en la cara, seguro que no se lo tiene en cuenta.

—¿En serio? ¿Fue él? —Me reí con asombro.

—Sí, la vida es un bumerán —respondió.

Yo tampoco se lo tenía en cuenta, entendí que no lo había hecho a propósito, solo intentaba colarse por la ventana para ponerme a salvo.

—Y a mi novio, ¿qué?, ¿no tenéis nada que decirle? Nos liberó de esos delincuentes asquerosos, es un superhéroe —dijo Dalia—. ¿Verdad que sí, cariño?

Ni siquiera recordaba que Pepinazo estaba allí, era tan discreto que a veces lo confundía con un cuadro del salón. Pero, en efecto, contra todo pronóstico, el secuestro acabó gracias a él. Mi prima tenía toda la razón.

—Uy, es verdad… Gracias, Peppino —dijo mi tía.

—Eres un máquina, un tío muy grande —dijo mi padre.

Mi tío se enderezó en la silla y, orgulloso, nos pidió:

—Brindemos por mi yerno.

Todos nos pusimos en pie y levantamos nuestras copas.

—¡Viva Pepinazo! —exclamé.

—¡Viva! —corearon todos.

Pepinazo sonrió y simplemente dijo:

—Gracias.

Se sentó y no volvió a abrir la boca en toda la noche. Era un héroe, sí, pero un héroe del cine mudo. Nadie es perfecto, y

Pepinazo tenía otras virtudes.

—Enrique, ve a por el cava, en nada empiezan las campanadas —le urgió mi tía—. Y no se te ocurra abrir la botella en la cocina para darle un tiento, que te conozco.

—Vaya fama me estás dando, Camelia, van a pensar que soy un borracho.

Se tomó su copa de vino entera de un trago y obedeció.

Abraham y yo nos miramos con una sonrisa de complicidad. No habíamos tenido tiempo de compartir demasiadas cosas, solo habíamos dormido juntos una noche. Bueno, dos, la anterior también. Pero se levantó temprano, esa no cuenta. Nos estábamos conociendo, aun así, me parecía que la cosa progresaba adecuadamente. Abraham no roncaba, me había llevado una caja de mazapanes envuelta con un lazo rojo al trabajo y me divertía con él, nos mensajeábamos estupideces sin parar.

—¿Qué vas a pedirle al nuevo año? —le pregunté.

—Nada, lo que quiera traerme. —Se encogió de hombros y sonrió—. Estoy satisfecho con lo que tengo, termino este bastante contento.

—Ah, ¿sí…? —Me hice la tonta y sonreí—. Y eso, ¿por qué? —Me salió un gallo, me había quedado afónica perdida.

No hizo falta que me respondiera. Lo vi en su sonrisa, le pasaba lo mismo que a mí. Sin esperármelo y en la situación más extraña, había conocido a un chico estupendo que me tenía ilusionada. Había hecho match con mi ángel de la guarda.

PST, PST... ¡SÍGUEME!

Amazon
Facebook
Instagram